



Sebastian Haffner  
*Historia de un alemán*  
Memorias 1914-1933



TESTINO

COMIENZA A LEER...

SEBASTIAN  
HAFFNER

# LA REVOLUCIÓN

A comienzos de 1933 yo era un joven de veinticinco años bien alimentado, bien vestido, bien educado, amable, correcto, ya algo más curtido y baqueteado, que había superado la etapa de auténtico zangoloteo estudiantil, pero al que, en realidad, aún le faltaba experiencia; en conjunto era el producto medio de la burguesía alemana culta y, por lo demás, un libro con bastantes páginas en blanco. Al margen de que siempre había vivido teniendo como telón de fondo un período histórico bastante interesante y dramático, hasta entonces mi vida no se había caracterizado especialmente por su interés ni por su dramatismo. Las únicas experiencias personales de mayor calado que habían impreso ya algunas cicatrices, secuelas y rasgos característicos fueron aquellos experimentos amorios placenteros y dolorosos que todo joven realiza a esa edad; por entonces eso me interesaba mucho más que cualquier otra cosa, era lo que constituía realmente la «vida». Por lo demás —y de nuevo igual que cualquier otro joven alemán de mi edad que perteneciese a la misma clase social—, yo era un chico que vivía aún con sus padres: bien alimentado y bien vestido, pero con una paga modesta por principio, recibida de manos de un padre importante, mayor, interesante, incómodo pero amado en secreto. Por aquel entonces, y aunque en ocasiones esto no fuese del todo edificante mi padre era, sin duda alguna, la persona más importante en mi vida. Si quería llevar algo a cabo o tomar una decisión seria, no podía por menos de preguntar a mi padre. Si pretendo describir quién era entonces o, mejor dicho, aquello en lo que estaba predestinado a convertirme, no puedo por menos de describir a mi padre.

Atendiendo a sus convicciones mi padre era un liberal y atendiendo a su actitud y forma de vida, un puritano prusiano.

Existe una variante específicamente prusiana del puritanismo, que fue una de las doctrinas más influyentes en la sociedad alemana antes de 1933 y aún hoy desempeña cierto papel bajo la superficie. Está relacionada con el puritanismo clásico inglés, pero presenta algunos rasgos distintivos. Su profeta es Kant, no Calvino; su gran ejemplo, Federico, no Cromwell. Al

igual que el inglés, el puritanismo prusiano exige austeridad, dignidad, abstinencia frente a los placeres de la vida, cumplimiento del deber, lealtad y honradez hasta la abnegación así como un rechazo del mundo rayano en la pesadumbre. Al igual que el puritano inglés, el prusiano tiene por principio no darles mucha paga a sus hijos y frunce el ceño ante los experimentos juveniles de éstos con el amor. Sin embargo, el puritanismo prusiano está secularizado. No sirve a Jehová ni se sacrifica por él, sino por el rey de Prusia. Sus distinciones y recompensas terrenales no consisten en obtener riquezas personales, sino en ocupar cargos de honor. Y lo que tal vez sea más importante: el puritanismo prusiano tiene una puerta trasera que conduce a la libertad y al descontrol, en la que está inscrita la palabra «Privado».

Es sabido que Federico el Grande, asceta sombrío y figura emblemática del puritanismo prusiano, en privado tocaba la flauta, componía versos y era un librepensador amigo de Voltaire. A lo largo de dos siglos casi todos sus discípulos, esos altos burócratas y oficiales prusianos de rostros fruncidos con severidad, venían comportándose de forma similar en su esfera más íntima. Al puritanismo prusiano le encanta la expresión «manos frías, corazón caliente». El puritano de Prusia es el inventor de esa extraña definición del carácter alemán basada en la siguiente división: «Como hombre le digo que..., pero como funcionario le digo que...». Hasta el día de hoy éste ha sido el fundamento de una situación que muchos extranjeros jamás llegan a comprender del todo y que consiste en que el conjunto de Prusia —y los Estados afines— parece ser y actuar siempre como una máquina voraz, cruel e inhumana, mientras qué, si le observa con más detenimiento, al visitar el país y tratar con prusianos y alemanes «en privado», la impresión que causan es a menudo verdaderamente agradable, humana, inocente y amable. Alemania lleva una doble vida como nación porque casi todos los alemanes lo hacen.

«En privado» mi padre era un apasionado conocedor y amante de la literatura. Tenía una biblioteca compuesta por unos diez mil volúmenes que fue ampliando hasta su muerte y que no sólo poseía, sino que también había leído. Los grandes nombres del siglo XIX europeo —Dickens y Thackeray, Balzac y Hugo, Turguénev y Tólstoi, Raabe y Keller (por mencionar sólo a

sus favoritos)— no eran para él meros nombres, sino conocidos íntimos con quienes había mantenido largos y apasionados debates mudos. Nunca mostraba mayor viveza en la conversación que cuando encontraba a alguien con quien reanudar estos debates en voz alta.

Ahora bien, la literatura es una extraña afición. Uno puede ser coleccionista de flores y cultivarlas «en privado» y de forma impune, tal vez incluso ser un experto en arte y en música, pero el trato diario con el intelecto vivo nunca se limita a lo «privado». Es fácil imaginar cómo un hombre que durante años ha recorrido todos los abismos y cumbres de la literatura y el pensamiento europeos «en privado», un día se vuelve sencillamente incapaz de ser un funcionario prusiano estrecho de miras, severo, metódico y fiel cumplidor de sus obligaciones. No así mi padre. Él continuó siéndolo. No obstante, sin que fuera necesario quebrantar su faceta prusiana y puritana, mi padre desarrolló una liberalidad escéptica y sabia que hizo que su rostro de funcionario fuera convirtiéndose poco a poco en una simple máscara. El modo de mantener unidas ambas cosas era una ironía queda, secreta y muy subliminal que, en mi opinión, era la única forma de ennoblecer y legitimar el problemático tipo humano del funcionariado. Además tenía la certeza, siempre despierta, de que tanto el hombre poderoso y honorable situado tras la barra como el débil expuesto ante ella son personas y nada más; de que, si bien el papel de funcionario exige rigor y frialdad, también requiere el mayor tacto, cautela y la mejor voluntad; de que una disposición que haya de escribirse en el lenguaje administrativo más frío dentro de una causa complicada puede demandar más delicadeza que un poema lírico y más sabiduría y sentido del equilibrio que el desenlace del nudo de una novela. Durante los paseos que gustaba de dar conmigo en aquellos años, mi padre trataba cuidadosamente de iniciarme en estos altos secretos de la burocracia.

Todo porque quería que yo fuese funcionario. No sin cierto estupor había percibido que lo que en su caso se había limitado a la lectura y al debate, en el mío mostraba una tendencia a degenerar en la escritura, cosa que él no había alentado en demasía. Lógicamente no recurrió a prohibiciones torpes, claro que no, de ninguna manera: en mi tiempo libre yo podía escribir todas las novelas largas, cortas y ensayos que quisiera, y si

llegaban a imprimirse y a servirme de sustento, tanto mejor. Pero entretanto debía estudiar «algo serio» y aprobar mis exámenes. En lo más profundo de su ser puritano desconfiaba de una vida que consistía en ir a los cafés y llenar hojas de garabatos a horas intempestivas y, debido a su sabiduría liberal, tendía a manifestarse en contra de dejar el Estado y la Administración en manos de incultos que se regodeaban disfrutando del poder y poniendo cortapisas, dilapidaban un enorme capital de autoridad estatal para ostentar su superioridad promulgando decretos de forma absurda y cuyo número, en su opinión, ya de por sí estaba aumentando peligrosamente en toda la Administración. Él por su parte hizo todo lo posible para que me convirtiera en lo que él había sido: un funcionario culto. Probablemente creía que de esta forma estaba prestando el mejor servicio tanto al Reich como a mí.

Así, estudié Derecho y llegué a la pasantía. A diferencia de los países anglosajones, en Alemania el futuro juez o funcionario de justicia se familiariza con el ejercicio de la autoridad nada más terminar la carrera (con veintidós o veintitrés años): como pasante, es decir, una especie de voluntario, colabora en todos los tribunales y sedes administrativas al igual que un juez o funcionario, sólo que lo hace sin responsabilidad ni poder decisorio propios (también sin sueldo). No obstante, muchas de las sentencias firmadas por jueces han sido redactadas por pasantes; bien es verdad que durante las deliberaciones el pasante no tiene voto, pero sí voz, y no es tan infrecuente que ejerza una influencia real; en dos de las instituciones donde recibí mi formación, el juez, aliviado, hasta me permitió dirigir los juicios... Para un joven que vive aún con sus padres esta potestad repentina es, sin lugar a dudas, una experiencia que, para bien o para mal, ha de ejercer una influencia considerable en él. A mí al menos me aportó dos cosas: una determinada «postura», es decir, una actitud de frialdad, calma y benevolencia adusta, la cual tal vez sólo se aprenda tras la barrera de un cargo, y cierta capacidad para razonar según la «lógica administrativa»: una determinada variedad de abstracción legal. Tal y como se desarrollaron los acontecimientos tuve pocas oportunidades de hacer el uso previsto de ambas cualidades. Sin embargo, bien es cierto que unos

años más tarde lo segundo nos salvó literalmente la vida a mi esposa y a mí, claro que mi padre no pudo intuirlo cuando se ocupó de mi aprendizaje.

Al margen de esta circunstancia hoy sólo puedo sonreír compasivamente cuando me pregunto si estaba preparado para la aventura que me esperaba. No lo estaba en absoluto. Ni siquiera sabía boxear ni jiu-jitsu, por no hablar de otras disciplinas tipo contrabando, paso de fronteras, utilización de códigos secretos, etc., artes cuyo dominio habría sido muy útil en los años posteriores. Mi preparación intelectual para lo que se avecinaba también era muy escasa. ¿No se suele decir que en los períodos de paz el Estado Mayor siempre prepara a sus tropas de manera óptima para la última guerra vivida? No sé si será cierto, pero lo que es seguro es que todas las familias escrupulosas siempre educan a sus hijos de manera óptima para la última época vivida. Yo tenía todo el equipamiento intelectual necesario para desempeñar un buen papel en la época burguesa anterior a 1914 y, además, gracias a ciertas experiencias de la historia contemporánea, había desarrollado un determinado instinto para ello que probablemente no iba a serme de mucha utilidad. Pero eso era todo. Respecto a aquello con lo que estaba a punto de enfrentarme, mi nariz percibía, en el mejor de los casos, un olor a modo de advertencia, pero yo carecía de sistema conceptual en el que ubicarlo.

Claro que esto no sólo me ocurrió a mí, sino a toda mi generación en general y, por supuesto, en mayor medida a la anterior (y lo mismo le sucede hoy a la mayoría de extranjeros que sólo saben del nazismo a través de los periódicos y de los noticiarios cinematográficos). Todos nuestros pensamientos tenían lugar en una determinada civilización cuyas bases resultaban obvias y, como tales, habían sido olvidadas casi por completo. Cuando discutíamos sobre ciertas antítesis, por ejemplo, libertad frente a compromiso, nacionalismo frente a humanismo o individualismo frente a socialismo, siempre lo hacíamos sin que esto afectase a una serie de evidencias cristianas, humanistas y civilizadas que estaban al margen de cualquier discusión. Ni siquiera todos los que por entonces se convirtieron en nazis sabían realmente en qué se estaban convirtiendo; tal vez pensasen que estaban a favor del nacionalismo, del socialismo, en contra de los judíos y a favor de 1914-1918, y la mayoría se alegraba en secreto por la

perspectiva de vivir nuevas aventuras ante un gran público y presenciar un nuevo 1923, pero todo eso, por supuesto, manteniendo las formas «humanitarias» propias de un «pueblo cultivado». Probablemente la mayoría le miraría a uno con sorpresa ante la pregunta de si estaban a favor de las salas oficiales de tortura permanente o de los pogromos ordenados por el Estado (por citar sólo algunas evidencias que, ciertamente, no son la punta más escalofriante del iceberg). Hoy todavía hay nazis que miran muy aterrados cuando se les hace este tipo de preguntas.

Por entonces yo no tenía ninguna convicción política definitiva. Hasta me resultaba difícil decidir si era de «derechas» o de «izquierdas», por aquello de establecer mi orientación básica y más general. Cuando en 1932 alguien apeló a mi conciencia haciéndome esta pregunta, respondí afectado y muy dubitativo: «Más bien de derechas...». En las cuestiones cotidianas sólo tomaba partido interiormente de cuando en cuando, en algunas no lo hacía nunca. Entre las formaciones políticas existentes no había ninguna que me atrajera en especial, por mucho que hubiera donde elegir. De todos modos, *ut exempla docent*, la pertenencia a una de ellas en ningún caso habría evitado que me convirtiese en un nazi.

Lo que sí pudo evitarlo fue mi nariz. Tengo un olfato intelectual bastante desarrollado o, dicho de otro modo, un sexto sentido para reconocer los valores estéticos (¡y antiestéticos!) de una actitud o convicción humana, moral o política. Desgraciadamente, la mayoría de alemanes carecen por completo de este instinto. Los más inteligentes son capaces de discutir hasta el atontamiento más profundo haciendo múltiples abstracciones y deducciones sobre el valor de una cosa cuyo mal olor puede detectarse simplemente con la nariz. Yo por mi parte, ya entonces tenía la costumbre de fundamentar mis pocas convicciones firmes a través del olfato.

En cuanto a los nazis, la decisión de mi nariz fue inequívoca. Era sencillamente agotador hablar sobre cuáles de sus presuntos objetivos e intenciones eran discutibles o estaban al menos «justificados históricamente» cuando todo aquello olía como olía. No me equivoqué ni un solo instante al pensar que los nazis eran unos enemigos para mí y para todo lo que yo apreciaba. En lo que sí erré por completo fue al no pensar



que fueran a convertirse en unos enemigos tan terribles. Por entonces seguía inclinado a no tomarles muy en serio, una actitud muy extendida entre sus adversarios inexpertos, que por entonces favoreció a los nazis sobremanera y sigue haciéndolo aún hoy.

Hay pocas cosas más extrañas que la tranquilidad indiferente y engreída con la que nosotros, yo y mis semejantes, contemplamos el inicio de la revolución nazi en Alemania como si estuviéramos en el palco de un teatro, viendo un proceso cuyo objetivo, al fin y al cabo, era exactamente borrarlos de la faz de la tierra. Tal vez más extraño aún sea el hecho de que, incluso años más tarde y teniéndonos a nosotros de ejemplo, toda Europa se permitiera la misma actitud de espectadora engreída, entretenida y pasiva mientras los nazis llevaban ya tiempo prendiendo la mecha por los cuatro costados.

Al principio pareció que esta revolución, en efecto, iba a convertirse en un «acontecimiento histórico» más de los que habíamos vivido, en un asunto del que se ocuparían los periódicos y, como mucho, la opinión pública.

Los nazis celebran el 30 de enero como el día de su revolución. Se equivocan. El 30 de enero de 1933 no trajo consigo ninguna revolución, sino un cambio de gobierno. Hitler se convirtió en canciller, pero, dicho sea de paso, en modo alguno lideró un gobierno nazi (sólo dos nazis además de él pertenecían al gabinete) y además juró lealtad a la Constitución de Weimar. Según la impresión general, los vencedores del día no fueron los nazis en absoluto, sino los de la derecha burguesa, que habían «pescado» a los nazis y habían ocupado todos los puestos clave del gobierno. Desde el punto de vista jurídico constitucional, aquel suceso fue mucho más normal y menos revolucionario que la mayoría de acontecimientos ocurridos el año anterior. En la calle el día transcurrió igualmente sin el menor rasgo de insurrección, siempre y cuando no se tome como tal un desfile de antorchas nazi por la calle Wilhelmstraße ni un tiroteo nocturno sin importancia acaecido en las afueras.

Para nosotros el 30 de enero se redujo de hecho a leer los periódicos y a las sensaciones que esta lectura provocó.

Por la mañana el titular rezó: «El presidente del Reich convoca a Hitler», lo cual hizo que sintiéramos cierto enojo nervioso e impotente. Hitler había sido convocado por el presidente en agosto y en noviembre, cuando le fueron ofrecidos los puestos de vicescanciller y canciller; en ambas ocasiones puso unas condiciones imposibles, y en ambas ocasiones, una vez finalizado el encuentro, se había anunciado solemnemente: nunca más... Ese «nunca más» había durado tres meses justos cada vez. Al igual que ocurre hoy en el resto del mundo, entre los contrincantes de Hitler presentes en la propia Alemania ya entonces reinaba ese afán enfermizo por ofrecerle infatigablemente todo lo que deseara a un precio cada vez menor e incluso obligarle a aceptarlo. Una y otra vez se abjuraba de esta política de

apaciguamiento con júbilo, y una y otra vez volvía a celebrarse su resurrección si era necesario, como ocurre ahora. Hoy como entonces la única esperanza que nos quedaba era la propia ofuscación de Hitler. ¿Acaso ésta no tenía que terminar agotando incluso la paciencia de sus adversarios? Hoy como entonces se ha demostrado que, en realidad, no hay nada que pueda agotar su paciencia...

A mediodía el titular anunció: «Hitler vuelve a exigir demasiado». Asentimos algo más tranquilos. Aquello era muy creíble. No se habría correspondido en absoluto con su naturaleza que hubiese exigido menos que demasiado. Así que podíamos apartar el cáliz una vez más. Hitler como último recurso de salvación frente a Hitler.

Alrededor de las cinco llegaron los diarios vespertinos: «Constituido el gabinete de concentración nacional: Hitler es nombrado canciller del Reich».

Desconozco cuál fue exactamente la primera reacción general. La mía fue la correcta durante un minuto aproximadamente: un gélido sobresalto. Claro que contábamos con ello desde hacía tiempo. No nos quedaba otro remedio. Sin embargo era algo tan insólito, tan increíble, ahora que lo veíamos realmente ante nosotros, escrito en negro sobre blanco. Hitler como canciller del Reich... Por un instante casi percibí físicamente el olor a sangre y suciedad que rodeaba a ese hombre, a Hitler, y sentí algo parecido al acercamiento amenazante y a la vez asqueroso de un animal mortífero, el contacto de una pezuña sucia con garras afiladas en mi rostro.

Después me desembaracé de esta sensación, traté de sonreír, de reflexionar y, efectivamente, encontré muchos motivos para estar tranquilo. Por la noche comenté con mi padre las posibilidades del nuevo Gobierno y ambos coincidimos en que si bien éste tenía la oportunidad de causar un buen número de desgracias, apenas tenía posibilidad alguna de mantenerse por mucho tiempo. Era un gobierno de derechas y totalmente reaccionario, con Hitler como mascarón de proa. A excepción de esta pieza, apenas se diferenciaba de los dos últimos gobiernos que habían sucedido a Brüning. Tampoco alcanzaría la mayoría parlamentaria con el apoyo de los nazis. Bueno, el Reichstag siempre podía disolverse, pero también entre la población había una mayoría clara en contra del Gobierno, en especial en el

bloque de los obreros, quienes tras el ridículo definitivo de los comedidos socialdemócratas seguramente se harían comunistas. Claro que también se podía «prohibir» a los comunistas, haciéndolos así más peligrosos. Entretanto el Gobierno iba a despertar reacciones sociales y culturales como las que se habían producido hasta entonces, pero probablemente más agudas, además de un antisemitismo en honor de Hitler. Así no lograría atraer a ninguno de sus adversarios. De cara al exterior probablemente llevaría a cabo una política de ostentación de poder, tal vez un intento de rearme. Esto haría que todo el extranjero se sumara automáticamente al sesenta por ciento de alemanes que estaban en contra del Gobierno. Además, ¿quiénes eran los que llevaban tres años votando de repente a los nazis? En su mayoría personas sin sentido crítico y víctimas de la propaganda, una masa fluctuante, gente que se disgregaría tras la primera decepción. No, en resumen, este Gobierno no era ningún motivo de preocupación. Sólo cabía cuestionarse qué es lo que vendría después y temer que posiblemente nos condujera a una guerra civil. Los comunistas eran muy capaces de atacar un buen día antes que permitir que los prohibieran como partido. Tal y como se puso de manifiesto al día siguiente, también éste era más o menos el pronóstico de la prensa inteligente. Sin embargo, resulta curioso cuán convincente suena al leerlo todavía hoy, una vez que sabemos lo que ocurrió. ¿Cómo es posible que todo fuese tan distinto? ¿Tal vez fuera precisamente porque todos estábamos tan seguros de que no podía ser de otro modo —y confiábamos tanto en ello— que no nos propusimos hacer nada para *evitar* que, en el peor de los casos, sucediera lo contrario?

Aún durante todo el mes de febrero los acontecimientos se limitaron a las noticias de periódico, es decir, que transcurrieron en un ámbito que para el noventa y nueve por ciento de las personas perdería su carácter real en el momento en el que la prensa desapareciese. Claro que en este ámbito ocurrieron muchas cosas: el Reichstag fue disuelto; después, violando flagrantemente la Constitución, Hindenburg hizo lo propio con el Landtag prusiano. Entre los altos cargos de la Administración tuvo lugar un desplazamiento feroz de funcionarios y un terror salvaje se adueñó de la campaña electoral. Los nazis ya no tenían el más mínimo reparo: sus

brigadas de asalto irrumpían regularmente en los mítines de otros partidos, asesinaban de uno a dos adversarios políticos casi a diario y un día incendiaron toda la casa de una familia socialdemócrata que vivía en las afueras de Berlín. El nuevo ministro del Interior prusiano (un nazi, un tal capitán Göring) promulgó un magnífico decreto mediante el cual indicaba a la policía que, en caso de enfrentamiento, debía tomar parte a favor de los nazis sin necesidad de dilucidar la cuestión de la culpabilidad y disparar sobre los demás sin previo aviso; poco más tarde se constituyó incluso una «policía auxiliar» formada por miembros de las SA.

Sin embargo, lo dicho: esto eran sólo noticias de periódico. Con nuestros propios ojos y oídos no veíamos ni escuchábamos nada muy distinto a lo que ya de por sí nos habíamos acostumbrado a oír en los últimos años. Uniformes pardos en las calles, desfiles, gritos de *Heil* y, por lo demás, *business as usual*. En el tribunal cameral, la instancia prusiana más alta, donde por entonces yo trabajaba de pasante, no hubo nada que modificara el ejercicio de la justicia por el hecho de que el ministro del Interior prusiano estuviese promulgando estupendos decretos. Según los periódicos, la Constitución podría irse al infierno, pero todos y cada uno de los artículos del Código Civil seguían en vigor y continuaban analizándose una y otra vez desde todos sus ángulos con la precisión de siempre. ¿En qué consistía la auténtica realidad? El canciller del Reich bien podía proferir en público sus insultos groseros contra los judíos casi a diario, pero nuestro consejo seguía contando con un miembro judío que dictaba sentencias muy sagaces y escrupulosas, las cuales tenían validez y ponían en acción a todo el aparato estatal para garantizar su cumplimiento, al margen de que quien estaba a la cabeza de dicho aparato calificase diariamente a su autor de «parásito», «ser inferior» o «peste». ¿Quién estaba haciendo el ridículo en realidad? ¿Contra quién iba dirigida la ironía de la situación?

Confieso que yo tendí a interpretar como un triunfo frente a los nazis el mero hecho de que la justicia siguiera funcionando sin contratiempos, pero también que la vida continuara su curso sin contratiempos: los nazis podían comportarse de la manera más ruidosa y salvaje, pero miren: como mucho lograban remover la superficie de las aguas políticas, aquí abajo todo el fondo marino de la vida real permanecía intacto.

¿Totalmente intacto? ¿Acaso ya entonces no llegaban algunos remolinos desde la superficie hasta aquí abajo en forma de nuevas tensiones y temblores, de una falta repentina de entendimiento y de una apasionada disposición al odio, que penetraban en las discusiones políticas privadas y generaban ya de por sí la sensación de tener-que-pensar-en-la-política-siempre-y-a-todas-horas?

Sea como fuere, yo seguía aferrado a esa impresión normal y apolítica de que la vida continuaba. No había ningún lugar desde el cual poder combatir a los nazis, así que al menos yo no iba a permitir que me molestasen lo más mínimo. Puede que incluso a consecuencia de cierta tozudez decidiera ir a un gran baile de disfraces precisamente entonces, aunque mi ánimo no fuese especialmente carnavalesco. Pero ¡ya veríamos si los nazis eran capaces de hacer algo en contra del carnaval!

El carnaval berlinés es, como tantas otras instituciones en Berlín, una cosa ligeramente artificial, ficticia y planificada. No obedece a ningún ritual extravagante, como en los centros católicos, y tampoco tiene el carácter espontáneo, cordial y contagioso del carnaval muniqués. Sus rasgos esenciales son muy berlineses: «ajetreo» y «organización». Digamos que una fiesta de carnaval berlinesa es una gran tómbola amorosa, colorista y perfectamente organizada, con unas papeletas premiadas y otras fallidas que ofrecen la oportunidad de escoger a una chica como si fuera el número de una rifa, besarla y atravesar durante una noche todos los estados previos a una historia de amor. Por lo general el final consiste en compartir un trayecto en taxi al amanecer e intercambiar los números de teléfono. Después uno casi siempre sabe si acaba de comenzar una historia que promete ser bonita o si la cosa se va a quedar sencillamente en una buena resaca. Todo transcurre —y así se justifica el término «ajetreo»— en un entorno tremendamente colorido y decorado a lo loco, bajo el ruido desacompañado de orquestas de baile, en medio de un derroche considerable de todos los accesorios carnavalescos obligados, como serpentinas, farolillos, etc., con la ayuda de tanto alcohol como uno pueda costear y en un espacio tan estrecho como una lata de sardinas, ocupado por unos cuantos miles de personas, todas haciendo lo mismo y, por tanto, sin apenas sentido del ridículo.

El baile al que asistí en aquella ocasión se llamaba por algún motivo «La barca en el tejado»<sup>[2]</sup>, estaba organizado por no sé qué escuela de arte y era una fiesta enorme, ruidosa y colorida que estaba atestada, como todos esos bailes de carnaval berlineses. Fue el 25 de febrero, un sábado. Llegué bastante tarde, cuando la cosa ya estaba en auge: un montón de retazos de seda pululando por el recinto, hombros desnudos y piernas femeninas al descubierto, una multitud entre la que no se lograba avanzar, ni un sitio libre en el guardarropa, ni un sitio libre junto a los bufés. Aquel llenazo formaba parte del «ajetreo».

Yo no es que tuviese precisamente el estado de ánimo adecuado, más bien al contrario, cuando llegué estaba un poco abatido. Aquella tarde había oído unos rumores preocupantes: la campaña electoral no se estaba desarrollando como era de esperar; los nazis planeaban un golpe de Estado, detenciones masivas y un régimen de terror; había que ir preparándose para los acontecimientos de las semanas siguientes. Una situación desagradable, aunque, naturalmente, aquello sólo era asunto de los periódicos. La realidad estaba allí, ¿verdad?, en aquellas voces que pasaban zumbando, las carcajadas, la música de baile, las sonrisas que las muchachas regalaban desprendidas.

Pero de pronto, mientras estaba de pie sobre algún escalón, indeciso y distraído, y observaba todo el barullo a mi alrededor —tantísimos rostros acalorados, candentes, de sonrisa apasionada, tanta gente, ¡ay! y todos tan ingenuos, pendientes de que les tocara una novia o un novio simpáticos para una noche o para un verano, una gota de dulzor en sus vidas, una pequeña aventura, una experiencia que recordar—, de pronto se apoderó de mí una sensación extraña y mareante: como si estuviese encerrado irremediablemente con todos aquellos miles de jóvenes acicalados en un barco enorme que avanzaba dando tremendos bandazos, en cuyo camarote más lejano y tan pequeño como una ratonera seguíamos bailando mientras arriba, en el puente, acababan de decidirse a inundar toda aquella parte del barco y a ahogarnos a todos, tripulación incluida.

En ese momento un brazo se deslizó bajo el mío desde atrás, oí una voz agradable y familiar y me volví... sí, ¿hacia dónde? Bueno, digamos que volví a la realidad. Se trataba de una vieja conocida de los tiempos felices del tenis, una chica llamada Lisl, a la que había perdido de vista hacía tiempo, casi la había olvidado, y ahora volvía a estar allí, amable y cercana, muy dispuesta a animarme y a bromear. Ella se interpuso resuelta entre mi persona y mis negros pensamientos, con su estatura pequeña y firme hizo desaparecer a los nazis y su entorno y me condujo de nuevo por la senda de mi obligación carnavalesca. Al cabo de una hora ya estaba emparejado, había salido mi papeleta: una chica pequeña y morena, vestida como un muchacho turco, de aspecto muy delicado y grandes ojos marrones de mujer. Si se la miraba fugazmente, recordaba un poco a la actriz Elizabeth



Bergner. Ésa era también su ambición, la ambición de cualquier chica berlinesa en aquella época. No se podía pedir más.

Lisl se perdió entre el gentío haciéndome gestos de ánimo y la chica tipo Bergner se convirtió en mi novia aquella noche. Y no sólo aquella noche, sino durante todo el mísero período que estaba por venir. No fue un noviazgo del todo afortunado, pero ¡qué sabía yo en aquel momento! Ella era ligera como una pluma y resultaba agradable sentirla apoyada en mi brazo mientras bailábamos; hablaba con tono sabidillo y una vocecita aguda, gastaba pequeñas bromas descaradas con cierto encanto berlinés, seco y áspero y, al hacerlo, se iluminaban sus grandes ojos, mayores que su rostro. Era bastante bonita, estaba contento con mi destino. Bailamos durante un rato, luego nos fuimos a beber algo juntos, después fuimos a pasear y nos sentamos en una pequeña habitación en algún lugar, allí donde el ruido de la música se colaba atenuado; tratamos de adivinar nuestros nombres y al final preferimos asignarnos unos nosotros mismos. Ella me bautizó con el nombre de «Peter». Yo la bauticé con el nombre de «Charlie». Unos buenos nombres para una pareja de enamorados sacada de una novela rosa. No podía haber otros mejores. Al adjudicárnoslos estábamos a punto de convertirnos en una parejita obediente de enamorados a la moda. Otras parejas, situadas a nuestra derecha e izquierda, estaban entretenidas consigo mismas. No nos molestaban. Pero un viejo actor, plantado en la habitación, solo e imperioso, nos llamó «criaturitas» y pidió cócteles para todos. Era una escena casi familiar. Poco a poco volvimos a tener ganas de bailar. Además había prometido a Lisl volver a buscarla, pero no fue así.

No sé cómo se corrió la voz, primero entre nosotros, de que la policía estaba en el edificio. Cada dos por tres pasaba gente entonada que trataba de llamar la atención gritando entre el gentío bromas más o menos afortunadas según su capacidad. Probablemente alguien habría chillado: «¡Todos arriba, ha venido la policía!». A mí no me pareció un chiste especialmente bueno, pero luego el rumor fue cobrando fuerza. Algunas chicas se pusieron nerviosas, se levantaron de golpe y desaparecieron, seguidas por sus caballeros. Un chico joven, vestido de negro de la cabeza a los pies y con el pelo y los ojos también negros, se puso de pronto en mitad

de la habitación como si fuera un orador y, con voz rabiosa y ronca, dijo que haríamos bien en procurar salir de allí a menos que quisiéramos pasar la noche en Alexanderplatz (en Alexanderplatz estaba la Jefatura Superior de Policía y también los calabozos). El chico se comportaba casi como si él mismo fuese la policía. Al observarle con más detenimiento me di cuenta de que había estado sentado allí durante un rato, besándose tranquilamente con una chica. Ésta había desaparecido. Por cierto que, tal y como pude ver entonces, él llevaba además unas fascas en la capa corta y aquel disfraz negro... ¡Dios mío, aquello era un uniforme fascista! ¡Qué disfraz tan extraño! ¡Qué comportamiento tan extraño! El viejo actor se levantó lentamente de su asiento y se marchó en silencio dando grandes tumbos. De pronto todo aquello pareció levemente un sueño.

En alguna sala de las que había fuera se apagó la luz que también nos iluminaba a nosotros; al tiempo se oyó un griterío múltiple procedente de allí mismo y de golpe todos adquirimos un aspecto lívido, producto de un efecto luminoso, como si estuviésemos sobre un escenario.

—¿Es cierto eso de la policía? —pregunté al de negro.

—¡Es cierto, hijo mío! —gritó con voz estentórea.

—Pero ¿por qué? ¿Qué es lo que ocurre?

—¿Que qué es lo que ocurre? —gritó el de negro—. Eso tal vez puedas responderlo tú mismo. Hay gente a la que no le gusta ver estas cosas —dijo dando una palmada seca en el muslo desnudo de una chica cualquiera de las que había cerca. Yo no tuve muy claro si pretendía tomar parte a favor de la policía o si se trataba de un depravado gesto de despecho. Me encogí de hombros.

—Vamos a comprobarlo nosotros mismos, ¿vale, Charlie? —dije. Ella asintió y me siguió fiel y sumisa.

En efecto, por todas partes había una sensación de sobresalto, barullo, malestar y un ligero pánico. Allí pasaba algo. ¿Tal vez había sucedido algo desagradable, una desgracia, una pelea? ¿Acaso cierta gente habría intercambiado disparos, tal vez un nazi y un comunista? No parecía imposible. Fuimos abriéndonos paso a través de las habitaciones y los salones. ¡Allí! Allí había policía de la de verdad. Chacós y uniformes azules. Allí estaban, entre un remolino desordenado de disfraces

sobresaltados, quietos como rocas en mitad del oleaje. Ahora nos iban a explicar qué ocurría. Me dirigí a uno de ellos un tanto indeciso, sonriente y confiado, tal y como se dirige uno a un policía para pedir información:

—¿De verdad tenemos que irnos a casa?

—Tienen permiso para irse a casa —contestó, y casi retrocedí bruscamente al escuchar el tono tan amenazante con el que había hablado, lento, gélido y malicioso. Lo miré a la cara y volví a retroceder bruscamente, pues ¡menudo rostro era aquél! No se trataba del rostro habitual, conocido, fiel y probo de un poli. Era una cara que parecía estar compuesta sólo de dientes. De hecho aquel hombre había gruñido enseñándome la dentadura y además, lo que era menos probable, me había mostrado ambas filas de dientes, una visión extraña en una persona; allí estaban sus dienteillos pequeños, afilados y malignos, como los de un pez depredador. También como de pez, como de un tiburón, era todo aquel rostro rubio y pálido que asomaba por debajo del chacó: unos ojos muertos, acuosos e incoloros, cabello incoloro, piel incolora, labios incoloros y una prominente nariz de lucio sobre la dentadura. Muy «nórdico», eso había que reconocerlo, pero por supuesto ya no era un rostro humano en absoluto, sino más bien la cara de un cocodrilo. Me estremecí. Había visto el rostro de las SS.

Dos días más tarde ardió el Reichstag.

Han sido pocos los acontecimientos históricos actuales que «me he perdido» por completo, como el incendio del Reichstag. Mientras éste ocurría yo estaba de visita, conversando sobre política en casa de un amigo que era compañero de pasantía. Este hombre es hoy un funcionario militar de bastante rango y convicciones «estrictamente apolíticas», ambicioso en su profesión y severo en el cumplimiento de sus obligaciones, que sólo se ocupa del aspecto técnico de la conquista de países extranjeros. Por aquel entonces era un pasante como yo, un buen colega, algo seco de carácter, cosa que le hacía sufrir, y estaba demasiado protegido por unos padres cuyo único hijo y gran esperanza era él, incapaz de escapar de la cárcel amorosa constituida por aquel hogar paterno. La gran preocupación de su vida era que nunca lograría vivir una verdadera historia de amor: no era un nazi, eso seguro. Las inminentes elecciones al Reichstag lo habían sumido en un estado de confusión. Él se declaraba de talante «nacional», pero estaba «a favor de un Estado de derecho». Era incapaz de escapar a este conflicto. Hasta entonces había votado al Partido Popular Alemán, pero ahora tenía la impresión de que aquello ya no tenía mucho sentido. Tal vez ni siquiera votaría.

Nosotros, como invitados, pugnábamos por conquistar su pobre alma. «Sólo tienes que darte cuenta —dijo uno—, de que ahora se está haciendo una política nacional clara. ¡Cómo es posible vacilar en una situación así! Ahora es una cuestión de todo o nada. ¡Aunque haya que mandar unos cuantos artículos al infierno!» Otro, por el contrario, admitió tener sus dudas al respecto, pues los socialdemócratas, al fin y al cabo, habían tenido el mérito de «integrar a los obreros en el Estado». El actual Gobierno estaba poniendo en peligro ese logro, fruto de tanto esfuerzo. Yo desperté una ligera desaprobación con mi comentario «frívolo» de que votar en contra de los nazis me parecía una cuestión de buen gusto, al margen de la orientación

política de cada uno. «Bueno, pues al menos vota a la coalición negra, blanca y roja», observó condescendiente el campeón nazi.

Mientras hablábamos de estas tonterías y bebíamos vino del Mosela ardía el Reichstag; el infeliz de Van der Lubbe se encontraba allí, provisto de todos los documentos acreditativos necesarios, y Hitler, rodeado de llamaradas cual Wotan wagneriano, pronunció sus grandiosas palabras a las puertas del Reichstag: «Si esto lo han hecho los comunistas, *de lo cual no me cabe la menor duda*, ¡que Dios se apiade de ellos!». Nosotros no tuvimos ni idea de lo que estaba ocurriendo. La radio no estaba encendida. Alrededor de la medianoche regresamos a casa medio dormidos en autobuses nocturnos, mientras las brigadas antidisturbios ya andaban por todas partes sacando de la cama a sus víctimas, la primera gran remesa con destino a los primeros campos de concentración: diputados y escritores de izquierdas, médicos, funcionarios y abogados que gozaban de poca simpatía.

No fue hasta la mañana siguiente cuando leí en el periódico que el Reichstag estaba ardiendo. Hasta el mediodía no tuve noticia de las detenciones. Más o menos al mismo tiempo fue publicada la disposición de Hindenburg que anulaba la libertad de expresión y el secreto postal y telefónico de los ciudadanos y, a cambio, otorgaba a la policía pleno derecho a efectuar registros domiciliarios, incautaciones y arrestos. Por la tarde hubo gente, industriosos operarios, que se dedicó a recorrer las calles provista de escaleras y comenzó a tapar los carteles electorales de todas las vallas y columnas de anuncios pegando cuidadosamente papeles blancos encima: a los partidos de izquierdas les había sido terminantemente prohibido cualquier tipo de propaganda electoral. Los periódicos, en la medida en que seguían publicándose, informaban con un cierto toniquete de júbilo y euforia patriótica. ¡Estábamos salvados! ¡Viva, Alemania era libre! ¡El sábado todos los alemanes celebrarían juntos la fiesta del levantamiento nacional con sus corazones henchidos de gratitud! ¡Arriba las antorchas, arriba las banderas!

Esto es lo que decían los periódicos. Las calles tenían el mismo aspecto que en días normales y corrientes. Los cines seguían con su programa y los tribunales continuaban administrando justicia. ¿Y la revolución? Ni rastro

de ella. La gente se quedó en su casa, un poco confusa, un poco asustada, e intentó aclararse con todo lo ocurrido. ¡Algo muy pero que muy difícil en un período de tiempo tan corto!

Así que los comunistas habían incendiado el Reichstag... pues vaya. Eso era posible, es más, resultaba muy creíble. Pero por supuesto era extraño que se tratase precisamente del Reichstag, un edificio vacío, cuyo incendio no beneficiaba a nadie. Bueno, tal vez había sido un verdadero indicio de la revolución y la posterior «intervención decidida» del Gobierno la había evitado. Eso es lo que ponía en el periódico y lo que se oía. Sin embargo, también era extraño que los nazis se preocupasen tanto por el Reichstag precisamente. Hasta entonces siempre lo habían denominado «caseta de charlatanes» y ahora, de repente, el hecho de que alguien lo hubiese incendiado era algo así como una profanación de lo más sagrado. En fin, el caso es ponerse al sol que más calienta, en eso consiste la política, ¿verdad, vecino? Gracias a Dios nosotros no entendemos nada de eso. Lo importante es que el peligro de una revolución comunista ha pasado ya y que podemos irnos a dormir tranquilos. Buenas noches.

Hablando en serio: lo más interesante del incendio del Reichstag fue quizás que prácticamente todos creyeron en la culpabilidad de los comunistas. Hasta los escépticos consideraron que no era del todo imposible. De eso tuvieron la culpa los propios comunistas. En los últimos años se habían convertido en un partido fuerte, habían amenazado constantemente con su «disposición a intervenir» y, en realidad, nadie les creía capaces de permitir su «prohibición» y masacre sin oponer resistencia. Durante todo febrero habíamos dirigido levemente la «vista a la izquierda» y aguardado la reacción de los comunistas. No así de los socialdemócratas, de ellos nadie esperaba nada desde que el 20 de julio de 1932 Severing y Grzesinski, encontrándose en la más estricta legalidad y con el apoyo de ochenta mil policías fuertemente armados, habían «cedido» ante la «violencia» de una compañía del ejército del Reich, pero sí se esperaba algo de los comunistas. Éstos eran gente decidida, de rostros siniestros, que alzaban el puño para saludarse, tenían armas —o al menos solían disparar muy a menudo en los tiroteos habituales en los bares—, insistían en su potencia y organización y seguramente habían sido instruidos por los rusos

sobre cómo hacer «algo así». No cabía ninguna duda de que los nazis iban contra ellos, así que estaban dispuestos a defenderse. Aquello era simple y llanamente obvio. Es más, la gente se sorprendió de que la reacción tardase tanto en hacerse notar.

Tuvo que pasar mucho tiempo para que en Alemania se cayese en la cuenta de que los comunistas eran corderos con piel de lobo. El mito nazi sobre el golpe comunista frustrado germinó en un terreno de credulidad, abonado por los propios comunistas. ¿Quién hubiera dicho que no había ninguna intención oculta tras los puños en alto? En Alemania todavía hoy hay personas que caen en la trampa del terror comunista, y todo es obra de los propios comunistas. Hoy ya son muchísimos los que han dejado de creérselo. El ridículo hecho por los comunistas alemanes ha ido divulgándose poco a poco por todas partes. Hasta los nazis recelan hoy de utilizar este argumento. Como mucho lo hacen frente a extranjeros insignes, éstos siguen creyéndose cualquier cosa.

Después de todo pienso que entonces, en febrero de 1933, no se puede tomar a mal el hecho de que la mayoría de alemanes se creyera la teoría del incendio comunista. Lo que sí se les puede reprochar, y en lo que consiste su primera y terrible debilidad de carácter colectivo durante la época nazi, es que después de aquello el asunto quedó solucionado. El hecho de que a los alemanes, a cada uno de ellos le fuese arrebatada esa pequeña porción de libertad personal y dignidad ciudadana garantizadas por la Constitución sólo porque en el Reichstag se había producido un pequeño incendio, fue aceptado con una sumisión borreguil, como si no quedara otro remedio. Si los comunistas habían incendiado el Reichstag, ¿era perfectamente lógico que el Gobierno «actuase con mano dura»? A la mañana siguiente discutí al respecto con un par de compañeros de pasantía. Todos estaban muy interesados en la cuestión de la autoría del incendio del Reichstag, y más de uno manifestó con un guiño sus dudas respecto a la versión oficial. Sin embargo, a ninguno le pareció que tuviese nada de particular el hecho de que, a partir de ese momento, sus conversaciones telefónicas pudieran ser intervenidas, sus cartas abiertas y sus escritorios forzados. «A mí me parece una ofensa personal —dije—, que me impidan leer el periódico que quiera por la sencilla razón de que un presunto comunista haya prendido fuego al

Reichstag. ¿A ustedes no?» Uno de ellos respondió alegre e inocente: «No. ¿Por qué? ¿Acaso usted leía hasta ahora *Vorwärts* o *Die Rote Fahne*?».

Al atardecer de aquel martes tan rico en acontecimientos hablé tres veces por teléfono. Primero llamé a Charlie, mi nueva novia, y quedamos en vernos. Puede que en cierto modo lo hiciera porque estaba realmente enamorado, pero el motivo principal fue sin duda alguna mi terquedad. No iba a permitir que me molestaran. ¡Y menos entonces! Además, Charlie era judía.

Después llamé a una academia de jiu-jitsu para pedir información y preguntar por las condiciones. Tenía la sensación de que se avecinaba una época en la que sería obligatorio saber jiu-jitsu (claro que poco después me di cuenta de que la época en la que el jiu-jitsu aún podía ser útil ya había pasado, y de que más bien era necesario aprender una especie de jiu-jitsu intelectual).

Finalmente llamé a la buena de Lisl, no para quedar con ella, sino para disculparme por no haberla vuelto a ver en el baile y preguntarle «si había sobrevivido», una pregunta entonces más justificada de lo normal.

Pero Lisl sonaba llorosa al teléfono. Al fin y al cabo, yo era un hombre de leyes, dijo. Me preguntó si tenía alguna idea de qué había sido de los detenidos la noche anterior. Su voz se quebró y luego preguntó con dureza si al menos estaban vivos. Todavía no se había acostumbrado a la supresión del secreto telefónico.

Su novio estaba entre ellos; no se trataba de un ligue cualquiera de carnaval, sino del hombre al que ella amaba. Era un médico de izquierdas muy conocido en la ciudad. Había organizado en su distrito —un barrio obrero— un famoso servicio social y médico excelente y había publicado artículos a favor de la impunidad del aborto por causas sociales en caso de emergencia. Su nombre figuraba en la primera lista de los nazis.

Hablé con Lisl un par de veces más durante las semanas siguientes. Era imposible ayudarla y cada vez se hizo más difícil ofrecerle unas palabras de consuelo.



¿En qué consiste una revolución?

Los expertos en Derecho político afirman lo siguiente: una revolución consiste en alterar una Constitución a través de medios no previstos por ella. Si nos atenemos a una definición tan escueta, la «revolución» nazi de marzo de 1933 no fue tal, pues todo transcurrió dentro de la más estricta «legalidad», a través de medios que sí estaban previstos por la Constitución: en un primer momento los «decretos-ley» promulgados por el presidente del Reich y, más adelante, la decisión de traspasar al Ejecutivo un poder legislativo ilimitado, tomada por una mayoría de dos tercios del Reichstag, la necesaria para modificar la Constitución.

Bien, es evidente que aquello fue un paripé. Sin embargo, si observamos qué ocurrió en realidad, aún quedan bastantes dudas sobre si lo que sucedió en marzo merece realmente el apelativo de «revolución». Desde el punto de vista del mero sentido común, lo esencial en una revolución es aparentemente que la gente ataque con violencia el orden establecido y a sus representantes: policía, ejército, etc., y los venza. Esto no tiene por qué ser en absoluto fascinante ni maravilloso, puede ir acompañado de disturbios, actos violentos, masas embrutecidas, saqueos, asesinatos e incendios. No obstante, lo que sí se debe esperar de quienes deseen ser «revolucionarios» es que ataquen, que demuestren su valor y que arriesguen su vida. Tal vez las barricadas estén un poco anticuadas, pero cualquier manifestación de espontaneidad, alzamiento, entrega y rebeldía parece ser parte esencial de una auténtica revolución.

En marzo de 1933 no ocurrió nada de eso. Lo sucedido fue una mezcla de los elementos más extraños, pero lo único que faltó por completo fue el más mínimo acto de valor, coraje y magnanimidad de cualquiera de las partes. Aquel mes de marzo trajo consigo cuatro cosas cuyo resultado final consistió en un dominio nazi inexpugnable: terror, fiestas y declamaciones, traición y, por último, un colapso colectivo: un ataque de nervios individual y simultáneo que afectó a millones de personas. Muchas formas de Estado,

es más, la mayoría han nacido de un modo *más sangriento*, pero no ha habido ninguna cuyo alumbramiento fuese tan *repugnante*.

La historia europea ha vivido dos tipos de terror: uno consiste en el irrefrenable delirio homicida experimentado por una masa revolucionaria desbocada y embebida de triunfo; otro es la crueldad fría y calculada ejercida por un aparato estatal victorioso, interesado únicamente en la intimidación y la ostentación de poder. Por regla general a cada una de estas variantes del terror se le asigna un carácter, bien revolucionario o represivo. El primero es el terror revolucionario, que se justifica mediante la excitación y la ira del momento, mediante el hecho de haber perdido el control. El segundo es el terror represivo, que se justifica con la excusa de querer vengarse de las atrocidades revolucionarias precedentes.

A los nazis se les ha reservado el derecho a combinar ambas formas de terror, de modo que ninguna de las dos excusas resulte válida. El terror de 1933 fue ejercido por una auténtica plebe embebida de sangre (esto es, las SA —por entonces las SS no desempeñaban el papel que tendrían más adelante—), pero las SA se constituyeron como «policía auxiliar», actuaron sin ningún tipo de estímulo ni espontaneidad y, sobre todo, sin exponerse al más mínimo peligro, sino más bien todo lo contrario: desde una posición de seguridad plena, cumpliendo órdenes y ateniéndose a una férrea disciplina. La imagen vista desde fuera mostraba el terror revolucionario: una gentuza salvaje y desaliñada que irrumpía por la noche en las casas y arrastraba a personas indefensas a unos sótanos de tortura cualesquiera. El proceso interno consistía en un terror represivo: un control y una manipulación estatales fríos, perfectamente calculados y totalmente respaldados por el ejército y la policía. Todo esto no fue una consecuencia del estado de excitación que sucede a un combate victorioso o a un gran peligro superado —no había ocurrido nada parecido—, tampoco sirvió de venganza frente a cualquier atrocidad cometida por el enemigo —no había existido tal cosa—. Lo que se produjo fue más bien una angustiosa inversión de los conceptos habituales: ladrones y asesinos que actuaban como policías en pleno ejercicio de la autoridad del Estado tratando a sus víctimas como criminales, objetos de su desprecio y condenados a muerte de antemano. Hubo un caso representativo que trascendió a la luz pública debido a las

proporciones que alcanzó: un sindicalista socialdemócrata de Cöpenick se enfrentó junto con sus hijos a una patrulla de las SA que irrumpió una noche en su casa para «detenerlo». Dos miembros de las SA murieron por los disparos en un caso evidente de defensa propia. De resultas del incidente y aún en el transcurso de aquella misma noche, el sindicalista y sus hijos fueron reducidos por un segundo grupo más numeroso de oficiales de las SA y ahorcados en el cobertizo de la casa. No obstante, al día siguiente, unas patrullas disciplinadas de las SA se presentaron cumpliendo órdenes en las viviendas de todos los habitantes de Cöpenick de conocida orientación socialdemócrata y les dieron una paliza sin mayores explicaciones. El número de muertos nunca fue difundido.

Este tipo de terror tenía la ventaja de que, según fuera el caso, uno podía encogerse de hombros compasivamente y hablar de «las tristes e inevitables circunstancias inherentes a toda revolución» —es decir, que se podía justificar el terror revolucionario—, o bien apelar a la disciplina férrea y argumentar que reinaban un orden y una tranquilidad absolutos y que únicamente se llevaban a cabo determinadas acciones policiales necesarias, las cuales lograban mantener a Alemania alejada de un caos revolucionario —esto es, que se podía justificar el terror represivo—. Ambos fenómenos se sucedían alternativamente, según el tipo de público.

Este tipo de propaganda contribuyó, y lógicamente sigue contribuyendo, a que el terror nazi cause aún más repulsa que cualquier otro régimen en la historia europea. Incluso la crueldad puede tener un componente de grandeza cuando se practica abiertamente, con una resolución enorme e intensa, cuando quienes la ejercen lo hacen convencidos y enfervorizados, como ocurrió durante la Revolución francesa y las guerras civiles rusa y española. Los nazis, por contra, jamás mostraron otra cosa que no fuera la mueca tímida, cobarde y pálida del asesino que niega su crimen. Mientras torturaban y asesinaban sistemáticamente a personas indefensas, aseguraban a diario en un tono suave y ennoblecedor que no se había hecho daño a nadie y que jamás una revolución se había llevado a cabo de una forma tan humana y tan incruenta. Sí, a las pocas semanas de que comenzaran las atrocidades se promulgó una ley que amenazaba con penas graves a todo el

que afirmara que estaban cometiéndose tales barbaridades, aunque lo hiciera entre las cuatro paredes de su casa.

Es obvio que esta medida no consiguió realmente mantener las atrocidades en secreto. De haber sido así, éstas no habrían logrado el objetivo pretendido, consistente en provocar miedo, espanto y sometimiento generalizados. Es más, el efecto producido por el terror debía intensificarse justo a través del secretismo y del peligro que implicaba el mero hecho de hablar de las barbaridades. La descripción sin ambages de lo que realmente ocurría en los sótanos de las SA y en los campos de concentración —por ejemplo desde la tribuna de oradores o a través de la prensa— podría haber provocado una reacción de resistencia desesperada incluso en Alemania. En comparación, las escalofriantes historias susurradas por lo bajo —«¡Ande con mucho cuidado, vecino! ¿Sabe lo que le ha pasado al señor X?»— conseguían partir por el eje cualquier oposición con mucha más eficacia. Tanto más cuanto que, al mismo tiempo, nos mantenían totalmente ocupados y distraídos con una sucesión ininterrumpida de fiestas, celebraciones y horas solemnes nacionales. Ya la cosa había empezado con una enorme fiesta triunfal previa a las elecciones celebrada el 4 de marzo, «Día del alzamiento nacional»: desfiles en masa y fuegos artificiales, tambores, bandas de música y banderas repartidas por toda Alemania, la voz de Hitler sonando a través de miles de altavoces, juramentos y promesas solemnes, todo ello a pesar de que todavía ni siquiera era seguro que las elecciones no fueran a resultar un varapalo para los nazis. En efecto, así fue: estas elecciones, las últimas celebradas en Alemania, sólo les dieron a los nazis el cuarenta y cuatro por ciento de los votos (antes habían obtenido el treinta y siete por ciento), la mayoría seguía votando en su contra. Si se tiene en cuenta que el terror iba ya a toda máquina y que a los partidos de izquierda ya se les había tapado la boca en la última y decisiva semana anterior a las elecciones, hay que admitir que el grueso de la población mantuvo una postura bastante honrosa. Sin embargo, aquello no supuso ninguna alteración. La derrota se celebró simplemente como una victoria, el terror fue reforzado, las fiestas se multiplicaron por diez. Durante quince días las banderas no desaparecieron de las ventanas en ningún momento, una semana más tarde Hindenburg abolió los antiguos colores del Reich y la

bandera con la cruz gamada se convirtió junto con la negra, blanca y roja en la «insignia provisional del Reich». Al mismo tiempo se celebraban desfiles a diario, se conmemoraban masivas horas solemnes, había continuas expresiones públicas de agradecimiento por la liberación nacional, música militar de la mañana a la noche, homenajes a los héroes, bendición de banderas y, al final, como punto culminante, se representó la rimbombante farsa del «Día de Potsdam», con el viejo traidor de Hindenburg visitando la tumba de Federico el Grande, alabando por enésima vez a Hitler por su lealtad a quién sabe qué, tañido de campanas, los diputados en procesión solemne hacia la iglesia, parada militar, espadas inclinadas, niños agitando banderitas, desfiles con antorchas.

Ese tremendo vacío y la desvirtuación de tales eventos interminables en modo alguno podían ser involuntarios. La población, en definitiva, debía acostumbrarse a vitorear y a ponerse en pie aunque no tuviese ningún motivo real para ello. A su vez, esto fue razón suficiente para que —¡psst! —, todos los días y todas las noches por medio de látigos de acero y taladros percutores se causara la muerte de quienes no participaban con bastante energía. Así que vitoreemos y ululemos con los lobos, *heil, heil!* Además se le acababa cogiendo el gusto. El mes de marzo de 1933 trajo un tiempo estupendo. ¿No era realmente maravilloso pasar inadvertido entre una multitud exaltada bajo un radiante sol primaveral en una plaza adornada con banderas y escuchar palabras de adoración a la patria y a la libertad, al alzamiento y al sagrado juramento? (En todo caso era mejor eso que estar aislado en un cuartel de las SA mientras a uno le inflan el intestino con una manguera.)

La gente comenzó a participar, primero sólo por miedo. Sin embargo, tras haber tomado parte una primera vez, ya no quisieron hacerlo por miedo —eso hubiera sido cruel y despreciable—, así que terminaron incorporando el convencimiento político necesario. Éste es el mecanismo emocional básico del triunfo de la revolución nacionalsocialista.

Claro que tuvo que ocurrir algo más para que este mecanismo fuese perfecto: la traición cobarde de los dirigentes de todos los partidos y organizaciones en quienes confió el cincuenta y seis por ciento de los alemanes que votó en contra de los nazis el 5 de marzo de 1933. La

conciencia histórica mundial no ha tenido muy presente este hecho terrible y decisivo: los nazis no tuvieron especial interés en destacarlo, ya que esto les habría obligado a rebajar considerablemente el valor de su «victoria», y en cuanto a los propios traidores... bueno, éstos sí que no tenían el más mínimo interés en sacar a relucir el asunto. No obstante, sólo esta traición puede explicar de una vez por todas el hecho, a primera vista inexplicable, de que una gran nación, que al fin y al cabo no sólo está compuesta de cobardes, cayese en semejante vergüenza sin oponer ninguna resistencia.

La traición fue total, generalizada y sin excepciones, desde la izquierda hasta la derecha. Ya he contado cómo los comunistas, ocultos tras la ostentosa fachada de su «disposición a intervenir» y de la preparación de una guerra civil, lo único que hicieron en realidad fue preparar la huida a tiempo de sus más altos funcionarios en dirección al extranjero.

En lo que respecta a los líderes socialdemócratas, su traición a millones de pequeños ciudadanos decentes, partidarios fieles y ciegamente leales, ya había comenzado el 20 de julio de 1932, cuando Severing y Grzesinski «cedieron a la violencia». Asimismo, los socialdemócratas llevaron a cabo la campaña electoral de 1933 de una forma en extremo humillante, dejándose arrastrar por los eslóganes nazis y subrayando su condición de «también-nosotros-somos-nacionalistas». El 4 de marzo, un día antes de las elecciones, Otto Braun, presidente de Prusia y «hombre fuerte» de los socialdemócratas, cruzó la frontera suiza; había tomado la precaución de adquirir una casita en Tessin. En mayo, un mes antes de su disolución, los socialdemócratas llegaron al punto de prestar un apoyo unánime al gobierno de Hitler y de entonar el himno de Horst Wessel en el Reichstag (en el informe parlamentario figura la siguiente observación: «Ovaciones interminables y aplausos en la cámara y en las tribunas. El canciller del Reich también aplaude vuelto hacia los socialdemócratas»).

El centro, encarnado por el gran partido burgués y católico que en los últimos años había logrado concentrar a su alrededor una parte cada vez mayor de la burguesía protestante, había llegado ya en marzo a la fase decisiva. Sus votos constituyeron la mayoría de dos tercios que sirvió para poner la dictadura en manos del gobierno de Hitler de manera «legal». Esto ocurrió bajo el mandato de Brüning, el que fuera canciller del Reich. En el

extranjero este hecho se sigue olvidando con frecuencia y Brüning continúa siendo considerado como posible sucesor de Hitler. Pero créanme: Alemania no ha olvidado lo ocurrido, y un hombre que el 23 de marzo de 1933 seguía creyendo que por motivos tácticos estaba legitimado para liderar el partido que le había sido confiado hasta el punto de apoyar a Hitler en una votación vital se ha convertido en una figura sin ningún futuro en este país.

Por último estaban los nacionalistas alemanes, los círculos conservadores y derechistas que reivindicaban el «honor» y el «heroísmo» como si fueran prácticamente su programa de partido; ¡Dios mío!, ¡cuán deshonesto y cobarde fue el espectáculo que dieron estos dirigentes ante sus partidarios en 1933 y han seguido escenificando desde entonces! Tras haber frustrado la expectativa de «pescar» y «neutralizar» a los nazis despertada el 30 de enero, lo mínimo que se esperaba de ellos era que «frenasen» y «evitasen lo peor». Pero nada de eso, ellos participaron en todo: el terror, la persecución de los judíos, la de los cristianos, es más, ni siquiera les molestó que su partido fuese prohibido y sus seguidores detenidos. La imagen de los funcionarios socialistas que huyen dejando plantados a sus votantes y partidarios es ya lo suficientemente triste, pero ¿qué decir de los oficiales de origen noble —como el señor Von Papen— que asisten a la ejecución de sus amigos y colaboradores más próximos mientras permanecen en el cargo y gritan «*heil Hitler*»?

Las agrupaciones políticas actuaron igual que los partidos. Había una Agrupación de Combatientes Comunistas en el Frente y un grupo denominado Reichsbanner<sup>[3]</sup> que estaban organizados militarmente, no del todo desarmados y que tenían millones de miembros cuya determinación expresa era mantener en jaque a las SA en caso de emergencia. En ningún momento se notó la influencia de este Reichsbanner, nada en absoluto. Desapareció sin dejar rastro, como si jamás hubiera existido. La única resistencia opuesta en toda Alemania fue, a lo sumo, alguna acción individual desesperada, como la del sindicalista de Cöpenick. Los oficiales del Reichsbanner no mostraron ni un ápice de oposición en ningún momento cuando las SA «tomaron» sus sedes de reunión. El Stahlhelm, las fuerzas paramilitares de los nacionalistas alemanes, aceptó ser «unificado»

primero y disuelto después poco a poco, a regañadientes y sin oponer resistencia. No hubo *ni un* ejemplo de oposición enérgica, de hombría ni de firmeza. Sólo pánico, huidas y transfuguismo. En marzo de 1933 había millones de personas dispuestas a combatir. De la noche a la mañana se vieron traicionadas, sin dirigentes y sin armas. Algunos trataron desesperadamente de ingresar en el Stahlhelm o en el partido de los nacionalistas alemanes cuando se puso de manifiesto que los otros no estaban combatiendo. Durante un par de semanas el número de miembros de estos grupos creció sin cesar. Después también ellos fueron disueltos y se rindieron sin combatir.

Este fracaso moral estrepitoso de los dirigentes de la oposición fue una de las características básicas de la «revolución» de marzo de 1933 que facilitó sobremanera el triunfo de los nazis. Naturalmente, también pone en duda el valor y la permanencia de esta victoria. La cruz gamada no fue impresa en el grueso de la población alemana como si ésta hubiese sido una sustancia sólida, rebelde pero dúctil a la vez, sino como si se tratara de una masa amorfa, flexible y pastosa. Llegado el momento, esta masa bien puede tomar otra forma con facilidad y sin oponer resistencia. Lógicamente, a partir de marzo de 1933 está abierto el interrogante de si en realidad merece la pena darle otra forma a la masa, pues la debilidad moral propia de Alemania que salió a relucir entonces es demasiado terrible como para que no llegue un día en el que la historia saque sus propias consecuencias.

Toda revolución ocurrida en otras naciones, al margen de cuánta sangre y debilitamiento momentáneo haya podido conllevar, ha supuesto un increíble aumento de la vehemencia con la que se defienden los valores morales en ambos frentes de batalla y, por ende, ha producido un tremendo fortalecimiento de la nación a largo plazo. ¡Basta con fijarse en la gran cantidad de heroísmo, desprecio hacia la muerte y magnanimidad —acompañada por supuesto de disturbios, crueldad y violencia— desplegada por jacobinos y monárquicos en la Francia revolucionaria o por los franquistas y los republicanos en la España actual!

Al margen del desenlace, la valentía con la que se combatió sigue siendo una fuente inagotable de vigor para la conciencia de una nación. Allí donde debería manar esa fuente de energía a los alemanes no les queda más



que el recuerdo de la deshonra, la cobardía y la debilidad. Es inevitable que llegue un día en el que eso tenga sus consecuencias, que consistirán, muy probablemente, en la disolución de la nación alemana y de su condición de Estado.

El Tercer Reich nació a partir de esta traición practicada por los adversarios políticos de Hitler, así como de la sensación de impotencia, debilidad y repugnancia que aquélla generó. El 5 marzo los nazis seguían estando en minoría. De haberse repetido las elecciones tres semanas más tarde, probablemente habrían logrado una verdadera mayoría. No sólo el terror había dado sus frutos entretanto, no sólo las fiestas habían sumido a muchos en un estado de embriaguez (a los alemanes les gusta embriagarse en las fiestas patrióticas). El factor decisivo fue que en aquel momento la ira y la repugnancia vertidas contra los propios dirigentes cobardes y traidores fueron mucho más fuertes que la ira y odio de los que era objeto el auténtico enemigo. Durante el mes de marzo de 1933 cientos de miles de personas se afiliaron de repente al partido nazi tras haber estado en su contra hasta ese momento; fueron los denominados «caídos de marzo», víctimas de la desconfianza y el desprecio de los propios nazis. Por entonces cientos de miles de personas, sobre todo obreros, abandonaron sus organizaciones socialdemócratas o comunistas y se pasaron a las «células de producción» nazis o a las SA. Los motivos por los que lo hicieron fueron variados, y a menudo hubo todo un batiburrillo de razones. Sin embargo, por mucho que uno busque, no encontrará *ni un* solo motivo de peso, bien fundado, sostenible ni positivo, ni uno solo que pueda mostrarse con orgullo. Cada una de las manifestaciones de este proceso tuvo todas las características de un inconfundible ataque de nervios.

La razón más sencilla y, con sólo profundizar un poco, la más intrínseca en la mayoría de los casos fue el miedo. Golpear para no pertenecer al grupo de los golpeados. También tuvo que ver una sensación de embriaguez algo difusa, la euforia de la unidad, el magnetismo ejercido por la masa. En muchos casos influyeron además el asco y la sed de venganza frente a quienes les habían dejado en la estacada. Asimismo, el cambio de tercio fue propiciado por una extraña lógica alemana que se concreta en el siguiente razonamiento: «Ninguna de las predicciones hechas por los adversarios de

los nazis se ha cumplido. Aseguraron que los nazis no vencerían. El caso es que han vencido. Por lo tanto, sus adversarios no tenían razón, es decir, que los nazis sí la tienen». En ocasiones, sobre todo en círculos intelectuales, desempeñó un papel importante la creencia por parte de algunos (sobre todo intelectuales) de que había llegado el momento de limpiar la imagen del Partido Nazi y hacer que éste tomara un nuevo rumbo afiliándose a él. Por otra parte, muchos actuaron movidos lógicamente por un vulgar y llano dejarse arrastrar y una mentalidad oportunista. Y por último, en el caso de los más simples, de quienes tenían una capacidad de percepción más primitiva y típica de la masa, la razón del cambio fue un proceso similar al que probablemente solía acontecer en una era mítica, cuando una tribu derrotada renegaba de su propio dios, que parecía haberla abandonado, para elegir como protector al dios de la tribu enemiga y vencedora. San Marx, en quien siempre habían creído, no había sido de gran ayuda. San Hitler parecía, ser más poderoso. Destruyamos pues las imágenes de san Marx sobre los altares y consagremos éstos a san Hitler. Aprendamos a orar: los judíos tienen la culpa, en vez de: el capitalismo tiene la culpa. Tal vez esto nos salve.

A nadie se le escapa que toda esta evolución no deja de ser un proceso natural, es más, en realidad forma parte del funcionamiento psicológico normal y sirve para explicar lo inexplicable casi por completo. Lo único que queda pendiente de aclaración es la ausencia absoluta de eso que tanto en una nación como en una persona se denomina «raza»: un núcleo sólido, inmune a la presión y a la fuerza de atracción externas, cierto vigor noble, una reserva intrínseca de orgullo, convicciones firmes, seguridad en uno mismo y dignidad, capaz de ser movilizada llegado el momento. Los alemanes carecen de esta capacidad. Son una nación poco fiable, enclenque, sin núcleo. El mes de marzo de 1933 fue prueba de ello. Cuando llegó el momento de afrontar el reto, en ese instante en el que una nación de raza reacciona como si todos se hubiesen puesto de acuerdo en tomar un impulso espontáneo y generalizado, Alemania reaccionó como si todos se hubiesen puesto de acuerdo en asumir una actitud de pasividad y dejadez generalizadas y en optar por ceder y capitular, en una palabra: Alemania sufrió un ataque de nervios.

El resultado de esta crisis compartida por millones de personas fue esa nación unida y dispuesta a todo que hoy se ha convertido en la pesadilla del resto del mundo.

Éste fue el proceso tal y como se percibe hoy de manera inconfundible, clara y distanciada al observarlo retrospectivamente. Mientras lo viví es obvio que fue imposible que pasara inadvertido. Sentí con suficiente crudeza la repugnancia asfixiante que todo aquello provocaba, pero fui incapaz de entender y clasificar sus distintos elementos. Al menor intento de aclaración, aparecían ante mí como velos aquellas eternas discusiones tan superfluas y absurdas, en las que una y otra vez nos afanábamos por interpretar las cosas en función de un sistema de conceptos políticos obsoleto, que les era ya totalmente ajeno. ¡Cuán fantasmagóricas resultan hoy estas discusiones cuando el azar de la memoria nos trae a la mente fragmentos y jirones de ellas! ¡Qué tremenda impotencia intelectual la nuestra —a pesar de tener una gran formación histórica y burguesa— ante un proceso que simplemente no formaba parte de los temas que nos habíamos estudiado! ¡Qué explicaciones tan absurdas, qué increíblemente torpes los intentos de justificación, pero también cuán desesperadas y superficiales eran las argumentaciones de urgencia con las que la razón trataba de modificar esa sensación inconfundible de horror y de asco! Qué manidos todos los «ismos» que sacamos a colación. Cuando pienso en ello siento cierto escalofrío.

Además, la vida diaria se interponía ante todo razonamiento lúcido; una vida que continuaba tras haberse vuelto definitivamente fantasmagórica e irreal y que era burlada a diario por los acontecimientos en los que estaba inmersa. Yo seguía yendo al tribunal cameral, donde se continuaba aplicando la ley, como si eso tuviese alguna importancia aún; el miembro judío de nuestro consejo también seguía sentándose tras la barra con la toga puesta y sin inmutarse, claro que ya entonces los jueces colegas lo trataban con cierta delicadeza y especial tino, como suele hacerse con enfermos graves. Yo aún llamaba a mi novia Charlie e íbamos al cine, a una taberna a beber *chianti* o a bailar. Seguí viendo a mis amigos y discutiendo con conocidos, y los cumpleaños familiares continuaron celebrándose como

siempre; no obstante, si bien en febrero aún había sido posible vacilar sobre si, en vista de lo que ocurría, la realidad auténtica e indestructible sería capaz de triunfar frente a las maquinaciones nazis, en ese momento fue innegable que, en realidad, todo se había vuelto mecánico, hueco e inerte, lo cual demostraba a cada minuto el triunfo del enemigo, que nos anegaba por doquier.

Sin embargo, resultó bastante extraño que fuese precisamente esta rutina mecánica que proseguía de forma automática la que contribuyera a impedir que se produjera cualquier reacción enérgica y viva frente al horror. Ya he descrito cómo la traición y la cobardía de algunos dirigentes evitaron que los miembros de otros grupos de poder actuaran contra los nazis y opusieran resistencia. Esto sigue dejando abierto el interrogante de por qué no hubo nadie que se sublevara a título individual aquí o allá y plantase cara, si no en general, al menos a una injusticia concreta o a alguna infamia en particular que se hubiese cometido justo en su entorno (no se me escapa que esta pregunta también encierra un reproche a mí mismo).

Ante eso se interponía el mecanismo ininterrumpido de la vida diaria. ¡De qué forma tan distinta transcurrirían hoy probablemente las revoluciones y toda la historia si los hombres continuaran siendo seres autónomos relacionados con un todo, tal vez como en la antigua Atenas, y no se sintieran tan desesperadamente aprisionados por su profesión ni por su horario, si no dependieran de mil imprevistos ni fuesen piezas de una maquinaria incontrolable, como si caminaran sobre raíles y estuviesen perdidos en caso de descarrilar! Sólo la rutina diaria genera seguridad y una sensación de permanencia, de ahí a la jungla sólo hay un paso. Todo europeo del siglo xx es consciente de ello y siente un miedo oscuro. De ahí su vacilación a la hora de emprender una acción que pudiera hacerle «descarrilar», algo audaz, que se salga de la rutina y parta sólo del hombre mismo. De ahí la posibilidad de que ocurran catástrofes humanas tan inmensas como la dominación nazi en Alemania.

Bien es verdad que aquel marzo de 1933 yo enfurecí y vociferé. También es cierto que asusté a mi familia con ideas descabelladas, tales como abandonar la función pública, emigrar o convertirme al judaísmo en señal de protesta. No obstante, todo se limitó siempre a una mera

declaración de intenciones. Mi padre, partiendo de las ricas experiencias acumuladas entre 1870 y 1933, las cuales por supuesto no cubrían estos nuevos acontecimientos, relativizaba la situación, la desdramatizaba y trataba de ironizar ligeramente sobre mi apasionamiento. Yo se lo permitía. Al fin y al cabo, estaba acostumbrado a su autoridad y aún no me sentía bastante seguro de mí mismo. Además, una actitud calmada y escéptica siempre ha tenido en mí un efecto más convincente que el apasionamiento radical, y ha debido pasar bastante tiempo para que aprendiera que, en este caso, mi primer instinto juvenil tenía razón frente a la sabiduría experimentada de mi padre, y que hay cosas a las que uno no puede acercarse con escepticismo ni con calma, pero yo por entonces era aún demasiado tímido como para poder sacar consecuencias positivas de mis sentimientos. Tal vez no estuviese viendo las cosas del modo correcto, ¿verdad? Tal vez lo que había que hacer realmente era aguantar y dejar que pasara la tormenta. Sólo me sentía seguro y preparado en mi puesto, protegido por los artículos del Código Civil y del Código de Procedimiento Civil aún en vigor. Por mucho que su aplicación pareciese vacía de sentido en aquel momento, su contenido no había sufrido ninguna modificación. Puede que dichos artículos acabaran siendo lo más resistente y perdurable.

Así, inseguro, a la espera, cumpliendo con la rutina diaria, tragándome la ira y el horror o dándoles rienda suelta en forma de arrebatos muy extraños y estériles en la mesa del comedor familiar, viviendo desconectado como tantos otros millones de alemanes, dejé que los acontecimientos se me vinieran encima.

Y se me echaron encima.

A finales de marzo los nazis sintieron que tenían poder suficiente como para poner en marcha el primer acto de su auténtica revolución, la que no va dirigida contra una Constitución cualquiera, sino contra las bases de la convivencia humana sobre la Tierra, y cuyo punto culminante está aún por llegar en caso de que no sea combatida. El primer acto intimidatorio fue el boicot impuesto a los judíos el primero de abril de 1933.

Así lo decidieron Hitler y Goebbels mientras tomaban té con pastas en Obersalzberg el domingo anterior. El periódico del lunes trajo el siguiente titular, curiosamente irónico: «Anunciada una operación masiva». A partir del sábado, primero de abril, decía el diario, todos los negocios judíos serían boicoteados. Los oficiales de las SA montarían guardia en la puerta e impedirían la entrada a cualquier persona. Asimismo, todos los médicos y abogados judíos serían objeto del boicot. Las patrullas de las SA se encargarían de controlar los despachos y las consultas para comprobar que el boicot se estaba llevando a cabo.

La justificación de esta medida permitió calibrar el avance logrado por los nazis en el último mes. La leyenda propagada en su día sobre los planes de golpe de Estado por parte de los comunistas, que tenían por objeto abolir la Constitución y las libertades civiles, fue una trama bien urdida, con pretensiones de resultar creíble; es más, los nazis creyeron incluso necesario fabricar una prueba bien visible, por eso incendiaron el Reichstag. Por el contrario, la explicación oficial del boicot impuesto a los judíos fue desde un principio una ofensa descarada y una burla dirigida contra aquellas personas de las que se esperaba que se comportasen como si creyeran dicha explicación. La justificación era que el boicot debía llevarse a cabo como medida de defensa y revancha frente a las historias de terror infundado sobre la nueva Alemania que los judíos de ese país estaban difundiendo astutamente en el extranjero. Sí, ésa era la razón.

En los días siguientes se tomaron medidas complementarias (algunas de las cuales se suavizarían más adelante, en un primer momento): todos los

negocios «arios» debían despedir a los empleados judíos. A continuación: todos los negocios judíos debían hacer lo propio. Sus dueños estaban obligados a seguir pagando los sueldos y salarios de sus empleados «arios» mientras los negocios permaneciesen cerrados a causa del boicot. Dichos propietarios tenían que retirarse totalmente y solicitar la presencia de gerentes «arios», etc.

Al mismo tiempo comenzó una gran «campana informativa» contra los judíos. A través de octavillas, carteles y concentraciones multitudinarias se explicó a los alemanes que, en caso de que hasta entonces hubiesen considerado a los judíos personas, estaban en un error. Los judíos no eran más que «seres inferiores», una especie de animales, pero a la vez tenían características demoníacas. Las consecuencias que había que sacar de esto no se explicitaron por el momento. Con todo, la expresión «¡Pereced, judíos!» se presentó como consigna y grito de guerra. En calidad de jefe del boicot se designó a una persona cuyo nombre leyó la mayoría de los alemanes por primera vez: Julius Streicher.

Todo esto generó lo que en modo alguno se habría esperado de los alemanes al cabo de aquellas cuatro semanas: un sentimiento de terror generalizado. Cierta murmullo desaprobatorio, reprimido pero perceptible, recorrió el país. Gracias a su extremada sensibilidad, los nazis se dieron cuenta de que habían dado un paso demasiado arriesgado, así que después del primero de abril retiraron parte de las medidas, no sin antes haber aguardado a que el terror surtiera pleno efecto. Entretanto ya ha trascendido la cantidad de medidas a las que renunciaron de entre todas las que tenían previstas.

Lo más extraño y descorazonador fue lógicamente que —más allá del terror inicial— este primer anuncio generoso del advenimiento de una nueva mentalidad asesina desató una avalancha de conversaciones y debates en toda Alemania, ya no sobre la cuestión antisemita, sino sobre la «cuestión judía». Un truco que, desde entonces, también les ha funcionado a los nazis al tratar muchas otras «cuestiones» a escala internacional: amenazando públicamente de muerte a alguien determinado —un país, una población o un grupo de personas— lograban que de pronto se discutiera abiertamente no sobre su propia razón de ser, sino sobre la de ese país, esa



nación o ese grupo, es decir, que la existencia de los demás se pusiera en tela de juicio.

De repente todos se sintieron obligados y autorizados a formarse una opinión sobre los judíos y a hacer gala de ella. Se efectuaban sutiles distinciones entre los judíos «decentes» y el resto; si unos apelaban a los logros científicos, artísticos y médicos de los judíos con intención de justificarlos —¿qué es lo que había que justificar?—, los otros les reprochaban precisamente eso: haber «extranjerizado» la ciencia, el arte y la medicina. Es más, enseguida surgió una práctica habitual y popular consistente en percibir el ejercicio de profesiones decentes y de alto rango intelectual por parte de los judíos como un crimen o, cuando menos, como una falta de tacto. A los defensores de los judíos se les echaba en cara con el ceño fruncido que éstos tuviesen la desfachatez de representar tal y cual porcentaje entre los médicos, los abogados, los periodistas, etc. De hecho a la gente le encantaba opinar sobre la «cuestión judía» basándose en porcentajes. Se ponían a calcular si la parte proporcional de judíos miembros del Partido Comunista no era demasiado elevada y su equivalente entre los caídos en la Gran Guerra demasiado baja (de hecho, yo mismo escuché esto último de labios de una persona que se consideraba miembro de la «clase culta» y tenía un título de doctor. Con la máxima gravedad me demostró que los doce mil judíos alemanes caídos en la Gran Guerra representaban una proporción menor respecto a la totalidad de judíos alemanes que su equivalente en el caso de los arios. De ahí concluía «una cierta justificación» del antisemitismo nazi).

Sin embargo, hoy ya a nadie le cabrá la menor duda de que, en realidad, el antisemitismo nazi no tiene prácticamente nada que ver con los judíos, ni con sus méritos ni con sus deméritos. Lo verdaderamente interesante del propósito nazi, cada vez menos velado, de amaestrar a los alemanes para que persigan a los judíos a lo largo y ancho del mundo y a ser posible los exterminen, no es ya su justificación —un disparate tan absurdo que el mero hecho de argumentar en su contra ya implica una degradación—, sino el propósito en sí mismo. Éste constituye en efecto algo novedoso dentro de la historia de la humanidad: el intento de anular, en el caso del género humano, esa solidaridad primigenia que comparten todos los miembros de

una especie animal y que es lo único que los capacita para sobrevivir en la lucha por la existencia; la pretensión de dirigir los instintos depredadores del hombre, que normalmente sólo apuntan contra el mundo animal, contra miembros de su propia especie y de «azuzar» a toda una nación contra determinadas personas, como si fuera una manada de perros. Una vez despierto el instinto básico y perpetuo para asesinar al prójimo y transformado incluso en obligación, el hecho de cambiar de objeto se reduce a un detalle sin importancia. Ya hoy resulta bastante evidente que donde dice «judíos» se puede poner «checos», «polacos» o cualquier otra cosa. De lo que se trata aquí es de la vacunación sistemática de todo un pueblo —el alemán— con un bacilo cuyo efecto consiste en que todos los portadores actúan contra el prójimo con ferocidad, o dicho de otro modo: se trata de liberar y cultivar aquellos instintos sádicos cuya represión y destrucción ha sido obra de un proceso civilizador de muchos miles de años de duración. En uno de los próximos capítulos tendré ocasión de demostrar cómo amplios sectores de la nación alemana —a pesar de su debilitamiento y deshonra generales— sí que logran reunir defensas, probablemente a partir de un oscuro instinto que les advierte sobre lo que está en juego. De no ser así y en caso de que este intento de los nazis —núcleo principal de todas sus aspiraciones— llegase a buen término, todo conduciría a una crisis humana de primer grado, en la que se pondría en cuestión la pervivencia física de la especie y cuya única escapatoria consistiría probablemente en recurrir por fuerza a medios espantosos, como la destrucción física de todos los afectados por el bacilo lobuno.

De este breve esbozo ya se desprende que es precisamente el antisemitismo nazi lo que afecta a cuestiones definitivas sobre la existencia —y no sólo la de los judíos—, alcanzando un límite al que no llegan los demás puntos del programa nazi. Y esto permite hacerse una idea de lo increíblemente ridícula que resulta la opinión, hoy nada infrecuente en Alemania, de que el antisemitismo nazi es un pequeño detalle secundario, o como mucho un defecto de forma que, según se tenga a los judíos en mayor o menor estima, puede lamentarse o aceptarse con resignación, pero que «lógicamente no significa nada en comparación con las grandes cuestiones nacionales». Estas «grandes cuestiones nacionales» son en realidad

totalmente insignificantes, forman parte de la rutina diaria y del caos generado por un período europeo de transición al que tal vez aún le queden unas décadas; pero en verdad no tienen nada que ver con el peligro primigenio que supone el crepúsculo de la humanidad y es lo que el antisemitismo nazi pretende.

Éstas son cosas sobre las cuales en marzo de 1933 nadie tenía una visión totalmente clara aún. Sin embargo, en este caso puedo hacer alarde de que a mí ya entonces todo aquello empezó a olerme mal. Una cosa era evidente: lo sucedido hasta ese momento había sido simplemente asqueroso. Lo que comenzaba en ese instante tenía algo de apocalíptico y ponía encima de la mesa unas preguntas decisivas —lo noté en forma de sacudida en zonas del alma poco transitadas—, a pesar de que entonces yo aún fuese incapaz de formularlas.

Al mismo tiempo tuve una sensación, mezcla de sobresalto y cierta tensión... sí, casi gozosa, de que los acontecimientos se me venían encima. Soy eso que los nazis denominan un «ario»; está claro que tengo tan poca idea como cualquiera de las razas que forman parte de mi persona. No obstante, durante los doscientos o trescientos años que he podido remontarme en mi genealogía no es posible detectar sangre judía en la familia. Sin embargo, siempre he sentido una afinidad instintiva más fuerte hacia el mundo judío alemán, con el que establecí vínculos estrechos y duraderos, que hacia el entorno alemán nórdico medio, en cuyo centro crecí. Mi mejor y más antiguo amigo era judío. Incluso la pequeña Charlie, mi nueva novia, era judía, y una cosa se hizo evidente: de pronto amé a aquella chica —con la que en realidad seguía jugueteando, algo indeciso— de una forma un poco más apasionada y orgullosa en el momento que supe que el infortunio se cernía sobre ella. Estaba convencido de que nadie iba a obligarme a boicotearla.

La llamé esa misma tarde, cuando las primeras noticias habían llegado a los periódicos. Durante aquella semana la vi prácticamente a diario y nuestra historia comenzó a parecerse a una verdadera historia de amor. En la vida diaria Charlie lógicamente había dejado de ser el muchacho turco iluminado por las luces del baile, y se había convertido en una buena muchacha procedente de una familia judía pequeñoburguesa y protectora,

de un mundo complejo formado por muchos parientes. Sin embargo, ella era una criatura menuda, delicada y amable, sobre la cual se cernía una catástrofe. A lo largo de aquellas semanas la amé.

Recuerdo una extraña escena que vivimos juntos la última semana de marzo, mientras el boicot se aproximaba haciendo estruendo. Habíamos ido de excursión al bosque de Grunewald; hacía un tiempo primaveral magnífico, inusualmente caluroso, el mismo que durante todo el mes de marzo de 1933. Estábamos sentados en una colina musgosa cualquiera, bajo pequeñas nubes que surcaban un cielo de una luminosidad indescriptible, entre pinos que despedían un aroma resinoso, y nos besábamos cual si fuésemos la parejita más prototípica de una película romántica. El mundo se mostraba en extremo apacible y primaveral. Puede que estuviésemos allí una o dos horas, y cada diez minutos pasaba a nuestro lado un grupo de colegiales; al parecer se trataba de un día de excursión general, todo estaba lleno de chicos agradables y lozanos, guiados y protegidos por el profesor de turno, que casi siempre llevaba quevedos o una pequeña barba como mandan los cánones y cuidaba fielmente de sus corderillos. Cada vez que una de estas clases pasaba a nuestro lado, los chicos se volvían hacia nosotros y un coro alegre de voces juveniles gritaba: «¡Pereced, judíos!», como si fuera un saludo jovial entre excursionistas. Tal vez no se referían a nosotros —yo no parezco judío y Charlie en realidad tampoco, a pesar de que ella sí que lo es—, sino que no era más que una grata fórmula de saludo. No lo sé. Puede que sí que se refirieran a nosotros y fuese más bien una orden.

Así que allí estaba yo, sentado «sobre la colina de la felicidad», abrazando a una muchacha menuda, delicada y vivaracha, mientras una y otra vez pasaban junto a nosotros unos jóvenes excursionistas dicharacheros y nos ordenaban que nos muriéramos. Por supuesto que no hicimos nada parecido y ellos prosiguieron su camino, sin importarles que no nos hubiésemos muerto aún.

Era una situación surrealista.

Viernes, 31 de marzo. Al día siguiente la cosa iría en serio. La situación no era del todo creíble aún. Hojeamos los periódicos para comprobar si por casualidad informaban sobre alguna medida paliativa o sobre alguna intervención que orientara las cosas hacia una situación medianamente normal y concebible. Nada de nada. Sólo un par de agravamientos más y algunas instrucciones aisladas, serenas y minuciosas sobre cómo debía transcurrir todo y cómo teníamos que comportarnos.

Por lo demás, *business as usual*. La vida comercial, uniforme y presurosa que se desarrollaba en las calles no daba muestras de que en esa ciudad se avecinara nada especial. Los negocios judíos estaban abiertos y vendían igual que siempre. Ese día aún no estaba prohibido comprar en estos establecimientos, sino a la mañana siguiente, a partir de las ocho en punto.

Me fui al tribunal cameral. Éste seguía como siempre, gris, frío, imperturbable y apartado de la calle cual edificio solemne, precedido por unas extensiones de césped y árboles. Los abogados revoloteaban como murciélagos por los amplios corredores y vestíbulos, con sus togas ondeantes de seda negra, las carteras bajo el brazo, el semblante correcto y riguroso. Los letrados judíos presentaban sus alegatos como si aquél fuese un día como otro cualquiera.

Me dirigí a la biblioteca como si aquél fuese un día como otro cualquiera —no tenía ninguna reunión— y me instalé en una de las largas mesas de trabajo con un acta sobre la que debía redactar un informe. Se trataba de un asunto complejo repleto de intrincadas cuestiones jurídicas. Cargué con los gruesos volúmenes de comentarios hasta mi sitio y me rodeé de ellos, consulté la jurisprudencia del Reichsgericht y tomé notas. En la espaciosa sala reinaba como cada día el silencio crepitante e imperceptible que destilaba aquella atmósfera de concentración y variado rendimiento intelectual. Mientras jugueteábamos con el lápiz sobre el papel pasábamos un caso por el fino tamiz invisible del procedimiento jurídico, lo

subsumíamos, lo comparábamos, calibrábamos el significado de una palabra en un determinado contrato y analizábamos la trascendencia que el Reichsgericht le daba a un artículo concreto. Después garabateábamos un par de palabras en una hoja de papel y, de repente, ocurría algo parecido a la incisión clave en una operación: una pregunta quedaba resuelta, un elemento de la sentencia aclarado. Claro que todavía no se trataba del veredicto como tal: «Siendo por tanto irrelevante si el demandante..., resulta necesario examinar si...». Era un trabajo minucioso, preciso y mudo. Cada uno de los presentes en la sala estaba aislado y embebido en el suyo. Hasta los vigilantes, mitad ujieres y mitad policías, se desplazaban por la biblioteca sin hacer ruido y mostraban cierta tendencia a extinguirse. Al tiempo reinaba un silencio absoluto que contenía la tensión máxima de una actividad muy variada, algo parecido a un concierto mudo. Me encantaba aquella atmósfera. Era densa y favorecía la concentración. Me habría resultado difícil trabajar aislado en el escritorio de mi casa. Allí era muy fácil. No había manera de distraerse. Era como si estuviésemos en una fortaleza, no, en una retorta. No entraba ni un soplo de aire procedente del exterior. Allí no se había producido ninguna revolución.

¿Cuál fue el primer ruido que llamó la atención? ¿Un portazo? ¿Algún grito estridente e inarticulado, una orden? De repente todos estaban allí sentados y muertos de miedo, con el gesto tenso de quien aguza el oído. Seguía reinando un silencio total, pero su esencia era otra: ya no se trataba de un silencio relacionado con el trabajo, sino de una calma terrorífica y tensa. Se oyó un ruido de pisadas procedente de fuera, de los pasillos, muchos pasos que subían bruscamente las escaleras, después un estrépito lejano e inextricable, gritos, portazos. Algunos se levantaron, se dirigieron hacia la puerta, la abrieron, fisgaron por un instante y regresaron. Otros se acercaron a los vigilantes y hablaron con ellos, siempre en voz baja (en aquella sala sólo se podía hablar en voz baja). Fuera el ruido iba aumentando. Alguien rompió aquel silencio mantenido: «Las SA». Acto seguido otro reaccionó sin levantar especialmente la voz: «Están echando a los judíos», lo cual provocó la risa de dos o tres personas. En ese momento esta risa fue más terrorífica que el incidente en sí, pues nos hizo ser

conscientes a la velocidad del rayo de un hecho insólito: también en aquella sala había nazis.

La inquietud que en un primer momento sólo había sido perceptible fue haciéndose visible poco a poco. Los lectores se levantaron, trataron de cruzar algunas palabras y empezaron a ir lentos y confusos de un lado a otro. Un señor, al parecer judío, cerró sus libros en silencio, volvió a dejarlos cuidadosamente en las estanterías, guardó sus actas y se marchó. Poco después apareció una figura en la entrada, tal vez el jefe de los vigilantes o algo parecido y, dirigiéndose a la sala, gritó en voz alta, pero serena en dirección a la sala: «Las SA están en el edificio. Los señores judíos harían bien en abandonarlo». Al tiempo se escuchó una exclamación que parecía ilustrar la escena: «¡Fuera todos los judíos!». Una voz respondió: «Ya se han marchado», y de nuevo oí el breve estallido alegre de las dos o tres carcajadas anteriores. Entonces los vi. Eran pasantes, como yo.

De pronto todo aquello me trajo a la memoria curiosamente la fiesta de carnaval disuelta hacía cuatro semanas. Disolución tanto aquí como allí. Muchos guardaron sus carpetas y se fueron. «Tienen permiso para irse a casa», recordé. ¿Lo tenían aún? Hoy ya no estaba tan claro. Otros dejaron sus cosas allí y se dirigieron al edificio principal para ver qué ocurría. La actitud de los vigilantes delataba cada vez más su afán de extinguirse. Uno o dos de los lectores que no se fueron encendieron un cigarrillo, ¡allí, en la biblioteca del tribunal cameral! Los vigilantes no dijeron nada. También aquello era un síntoma de la revolución.

Los curiosos nos contaron más adelante lo que había sucedido en el edificio principal. Ninguna atrocidad, ni mucho menos. Todo había ido como la seda. Al parecer casi todas las reuniones se habían suspendido. Los jueces se habían quitado la toga y habían salido del edificio en actitud humilde y civilizada, bajando por una escalera flanqueada por filas de miembros de las SA. Sólo en la sala de abogados se había producido un altercado. Un letrado judío había empezado a alborotar y le propinaron una paliza. Más tarde supe de quién se había tratado: era un hombre que no sólo había resultado herido en cinco ocasiones y perdido un ojo durante la guerra, sino que por entonces también había sido capitán; para su desgracia,

probablemente habría tenido el gesto instintivo de intentar hacer razonar a los insurrectos.

Entretanto los intrusos habían regresado a donde estábamos nosotros. La puerta se abrió de golpe, una manada de uniformes pardos hizo acto de presencia y uno de ellos, que parecía ser el jefe, gritó con una voz de pregonero sonora y firme: «¡Los que no sean arios han de abandonar el local de inmediato!». Me llamó la atención que utilizara una expresión tan cuidada como «los que no sean arios» y otra tan poco selecta como «local». Alguien, al parecer el mismo de antes, contestó: «Ya se han marchado». Los vigilantes permanecían de pie en una actitud que daba la impresión de que iban a llevarse la mano a la gorra. Mi corazón palpitaba. ¿Qué hacer, cómo defender las propias convicciones? ¡Había que ningunearlos, no debíamos consentir que nos interrumpieran! Hundí la cabeza en mi acta. Leí mecánicamente unas frases cualesquiera: «El acusado está haciendo una afirmación incorrecta y además irrelevante al decir que...». ¡No había que hacerles ningún caso!

Entonces uno de los uniformes pardos se me acercó y me plantó cara: «¿Es usted ario?». Antes de que pudiese darme cuenta ya había respondido: «Sí». Él dirigió una mirada escrutadora hacia mi nariz y... se retiró. Pero la sangre me llegó a la cabeza. Fui consciente del ridículo que había hecho y de la derrota sufrida un instante demasiado tarde. ¡Había dicho que «sí»! Bueno, yo era «ario», por el amor de Dios. No había mentido. Simplemente había permitido que ocurriese algo peor. Qué humillante resultaba contestar al punto que era ario —cosa que por cierto me parecía irrelevante— a quienes no estaban autorizados a preguntarlo. ¡Qué vergüenza tener recurrir a aquella respuesta a cambio de que me dejaran trabajar en paz con mi acta! ¡Y encima me habían pillado por sorpresa! ¡Había suspendido la primera prueba! Me habría gustado abofetearme.

Cuando salí del tribunal cameral éste seguía como siempre, gris, frío, imperturbable y apartado de la calle que quedaba tras los árboles del solemne edificio. En modo alguno se podía percibir que el tribunal cameral acabase de perecer como institución. Seguramente yo tampoco tenía el aspecto de haber sufrido un descalabro terrible, una humillación irreparable. Un hombre joven y bien vestido bajaba tranquilamente por la Potsdamer



Straße. En las calles tampoco se notaba nada. *Business as usual*. Pero en el aire flotaba aún la sensación del acercamiento estruendoso de lo desconocido...

Aquella noche me quedaban por vivir aún dos pequeños acontecimientos extraños. El primero consistió en que durante una hora sentí un miedo atroz por mi querida novia Charlie. Fue un temor irracional, pero lógicamente razonable.

El motivo fue bastante ridículo. No nos encontramos. Nos habíamos citado delante de la oficina en la que Charlie ganaba cien marcos al mes haciendo algún trabajo de tipo mecanográfico durante el día; ya he dicho que Charlie no era ningún muchacho turco, sino una chica perteneciente a una familia pequeñoburguesa, protectora y afanosa. Cuando llegué, a las siete, el edificio ya estaba cerrado y muerto, las persianas bajadas denegaban todo tipo de acceso. Era un edificio judío. No había nadie delante de él. ¿Tal vez las SA ya habían pasado por allí?

Tomé el metropolitano y fui a casa de Charlie. Subí las escaleras de un gran bloque de pisos y llamé al timbre. Volví a hacerlo una y dos veces más. En la casa no se oía ni el vuelo de una mosca. Bajé a una cabina telefónica y llamé a la oficina. No hubo respuesta. Llamé a la casa. No hubo respuesta. Me dirigí absurdamente hacia la boca de metro por la que ella tenía que pasar cuando regresaba del trabajo a casa. Una oleada de gente impertérrita entraba y salía sin dilación, como cada día, pero Charlie no estaba entre ellos. Volví a telefonar a cada rato, de una manera totalmente absurda.

Durante todo ese tiempo sentí una tremenda impotencia que me presionaba las corvas. ¿Acaso habían ido a «buscarla» a su casa o se la habían «llevado» de la oficina? Puede que estuviese ya en Alexanderplatz o tal vez de camino a Oranienburg, donde por entonces habían abierto el primer campo de concentración... No había forma de averiguarlo. Todo era posible. El boicot podía ser una simple manifestación de protesta o bien —«¡Pereced, judíos!»— un pretexto para cometer con orden y disciplina asesinatos y homicidios generalizados. Esa sensación de incertidumbre fue uno de los efectos más sutiles y mejor calculados del boicot. El hecho de

sentir un miedo atroz por una muchacha judía la noche del 31 de marzo de 1933 era razonable, a pesar de que al mismo tiempo fuese algo irracional.

En este caso resultó ser irracional. Al cabo de una hora aproximadamente, cuando volví a llamar una vez más, ya sin ningún tipo de esperanza, escuché la voz de Charlie, que estaba en su casa, al otro lado del teléfono. Los empleados de la oficina habían compartido una hora tomando algo, una vez que todo hubo apuntado a que se habían quedado sin empleo. No, las SA no habían pasado por allí todavía. «Perdona, es que como tardabas tanto... He estado en ascuas todo el rato...» ¿Y sus padres? Estaban en la clínica, visitando a una tía que había dado a luz justamente ese día, ¡incumpliendo descaradamente el mandamiento que dice «Pereced, judíos»! Claro que cuál sería su destino al día siguiente, cuando supuestamente había que boicotear la clínica y al médico... Era difícil de decir. La opción hecha realidad cinco años más tarde de sacar de la cama a los enfermos y a las parturientas estaba ya de alguna forma en nuestra mente; éramos ligeramente conscientes de ella, pero nadie terminaba de decidirse a expresarla. Todo lo que traería el día siguiente escapaba a nuestra imaginación por el momento.

Entretanto me sentí aliviado y tuve la impresión de que, por lo pronto, había hecho un poco el ridículo ante mí mismo habiéndome asustado. Cinco minutos más tarde llegó Charlie, con un aspecto muy elegante y un pequeño sombrero de plumas terciado sobre la cabeza: era la viva imagen de una joven de la gran ciudad lista para una salida nocturna. Nuestra siguiente preocupación fue, en efecto, pensar adónde podíamos ir; eran las nueve pasadas, demasiado tarde incluso para el cine, pero a algún sitio debíamos ir, para eso nos habíamos citado. Finalmente me acordé de una cosa que no empezaba hasta las nueve y media, así que tomamos un taxi y fuimos a la Catacumba.

Todo aquello tenía un viso de locura ya perceptible mientras ocurría y mucho más evidente ahora que lo contemplo a distancia; a pesar de que acabábamos de desprendernos de un miedo atroz y de que éramos plenamente conscientes de que al día siguiente la vida de al menos uno de nosotros correría grave peligro, no tuvimos reparo alguno, externo ni interno, en acudir a un cabaré.

Al menos los primeros años de la época nazi se caracterizaron porque de puertas para afuera la vida diaria apenas sufrió alteraciones: los cines, los teatros y los cafés estaban llenos, las parejas bailaban en los jardines y en los dancings, los paseantes deambulaban ingenuos por las calles y los jóvenes se tumbaban tranquilamente en las playas. Los nazis aprovecharon sobremanera esta circunstancia con fines propagandísticos: «Venid y contemplad nuestro alegre país, tranquilo y normal. Venid y contemplad lo bien que continúa yéndoles incluso a los judíos». Lógicamente era imposible percibir una característica oculta consistente en una sensación de delirio, miedo y tensión, en una actitud de «que nos quiten lo bailado» y en un ambiente de danza macabra, del mismo modo que resultaba imposible adivinar que al joven con cuya fotografía se sigue anunciando todavía hoy una cuchilla de afeitar en las estaciones de metro berlinesas bajo el lema «Un buen afeitado le hará estar bien humorado» ya le habían pasado a cuchillo hacía cuatro años en el patio de la cárcel de Plötzensee por alta traición o como quiera que se llame ahora.

Claro que tampoco dice mucho en nuestro favor el hecho de que, tras haber experimentado un miedo atroz y la circunstancia de estar expuestos al mayor de los peligros, no fuésemos capaces más que de ignorarlo y de seguir divirtiéndonos tranquilamente. Creo que una pareja de jóvenes de hace cien años sí que habría sabido mantener el tipo, aunque se hubiese limitado a hacer de aquella velada una noche de amor inolvidable, aderezada con una pizca de riesgo y de perdición. A nosotros no se nos ocurrió hacer nada especial, así que nos fuimos al cabaré, cosa que nadie logró impedir, primero porque lo habríamos hecho en cualquier caso y segundo para poder pensar lo menos posible en cosas desagradables. Ésta puede parecer una decisión intrépida, tomada a sangre fría, pero lo más probable es que sea un síntoma de cierta debilidad emocional, el cual evidencia que ni siquiera en lo que respecta al sufrimiento estábamos a la altura de las circunstancias. Si se me permite hacer una generalización llegados a este punto, debo decir que uno de los rasgos más terribles de las novedades que están aconteciendo en Alemania consiste en que no hay criminales que respondan de sus actos ni mártires que carguen con su sufrimiento, todo sucede como en un estado de ligera anestesia, con una

fina y mísera capa de sensibilidad tras el horror objetivo: están cometiéndose asesinatos como si fueran las travesuras de unos chicos malos, la humillación personal y el suicidio ético se aceptan como si se tratara de pequeños incidentes molestos e incluso la muerte física del mártir no provoca más reacción que un simple «mala suerte».

No obstante, aquel día nuestra indolencia fue recompensada con creces, pues el azar nos condujo precisamente a la Catacumba, y ése fue el segundo acontecimiento destacable de la noche. Llegamos al único lugar público de Alemania en el que se oponía una especie de resistencia, una resistencia valiente, ingeniosa y elegante. Por la mañana había presenciado cómo la institución del tribunal cameral prusiano, con muchos siglos de tradición a sus espaldas, sucumbía sin gloria ante los nazis. Por la noche fui testigo de cómo un puñado de humildes cabareteros berlineses sin la más mínima tradición salvaban su honor con gracia y gloria. El tribunal cameral había caído. La Catacumba seguía en pie.

El hombre que condujo a su pequeña tropa de artistas a la victoria — pues la más mínima muestra de firmeza y coherencia ante la amenaza asesina de un poder superior es una especie de victoria— fue Werner Finck, de modo que este humilde cabaretero y maestro de ceremonias merece sin lugar a dudas ocupar un sitio en la historia del Tercer Reich (uno de los pocos puestos de honor que pueden concederse). Finck no tenía aspecto de héroe y si al final estuvo a punto de convertirse en uno, fue a su pesar. No fue un actor revolucionario, ni un burlón mordaz, ni un David con honda. En lo más profundo de su ser había inocencia y afecto. Su ingenio era benévolo, grácil y flotante; sus recursos principales, el doble sentido y el juego de palabras, con el que poco a poco alcanzó la categoría de virtuoso. Había inventado una cosa denominada «la gracia oculta», que lógicamente hacía tanto mejor cuanto que más ocultas permanecieran sus gracias. Sin embargo, no escondía sus convicciones. Él continuó dando refugio a la inocencia y al afecto en un país donde precisamente esas cualidades estaban en peligro de extinción. En ellas residía «la gracia oculta» como forma de valentía inquebrantable y verdadera. Finck osaba hablar de la realidad nazi en plena Alemania. En sus actuaciones mencionaba los campos de concentración, los registros domiciliarios, la mentira y el miedo

generalizados; el tono de su burla era indeciblemente callado, melancólico, afligido al tiempo que ofrecía un consuelo extraordinario.

Aquel 31 de marzo de 1933 bien pudo ser su gran noche. La sala estaba llena de gente con la mirada clavada en el día siguiente, como si se encontrasen ante un profundo abismo. Finck los hizo reír como jamás he oído reír a un público. Era una risa apasionada, una risa que renacía contumaz, dejando tras de sí un estado de aturdimiento y desesperación y que aumentaba a consecuencia del peligro: ¿no era casi milagroso que las SA no se hubiesen presentado aún para detener a todos los asistentes? De haber sido así, lo más probable es que aquella noche hubiésemos seguido riéndonos en el coche patrulla. Nos sentíamos por encima del miedo y del peligro de una forma inverosímil. Aquella mañana, en el tribunal cameral, me había notado débil y confuso en el momento del examen. Allí me sentía fuerte, valiente e inspirado. Si viniesen por aquí, serían ellos y no nosotros quienes harían el ridículo. La lengua estaría de sobra afilada.

Cuando salimos en libertad del local, cerca de la medianoche, estábamos sumidos en un curioso estado de excitación enfermiza. Ibamos dando enormes tumbos y nos besábamos en plena calle. Nos embriagaba una droga más fuerte que el alcohol: el valor. Sentíamos un extraño aplomo, éramos invulnerables. Ya había despuntado el 1 de abril.

«Charlie, cuando veas que están entrando en las viviendas, ven a mi casa», dije a modo de despedida; por supuesto que tuve una sensación extraña al pensar en cómo les explicaría a mis padres todo aquello, pero en aquel momento eso era secundario. «Espero que con nosotros aún estés segura. Prométemelo.» Ella me lo prometió conmovida. Gracias a Dios no tuvo que recurrir a mí. Al día siguiente no me habría encontrado en casa.

A las 10 de la mañana llegó un telegrama. «Por favor, ven si puedes. Frank.» Me despedí de mis padres con una actitud algo parecida a la de quien parte a la guerra, tomé el tren de cercanías y me dirigí a las afueras, hacia el este, a casa de mi amigo Frank Landau; en realidad no me desagradó la idea de haber sido convocado a algún sitio y así no tener que pasar el día en el ángulo muerto de los acontecimientos.

Frank Landau era mi mejor y más viejo amigo. Nos conocíamos desde el primer curso de secundaria, habíamos corrido juntos en el «Equipo de carreras de la Antigua Prusia» y también más adelante en los clubes «de verdad». Habíamos ido juntos a la universidad y ahora los dos estábamos haciendo la pasantía. Habíamos compartido prácticamente todas las aficiones y el entusiasmo propios de muchachos. Cada uno le había leído al otro en voz alta sus primeros pinitos como escritor, y continuamos haciéndolo, ya con aspiraciones literarias más serias, pues «en realidad» los dos nos sentíamos más literatos que pasantes. Hubo algunos años en los que nos vimos un día sí y otro también, estábamos acostumbrados a compartirlo todo, hasta nuestras historias de amor, sobre las que solíamos explayarnos sin tener la sensación de ser indiscretos, sino más bien como si reflexionáramos en voz alta. Durante diecisiete años de amistad no nos habíamos peleado ni una sola vez en serio. Habría sido como estar a disgusto con uno mismo. En ciertas épocas de introspección juvenil disfrutábamos analizando nuestras diferencias, que nos parecían muy interesantes (entre ellas la menos significativa aludía al origen). No suponían ningún motivo de enfrentamiento.

Frank era el más apuesto de los dos. Resultaba maravilloso contemplarlo: era de complexión alta, ancha y ligera, de joven parecía un Apolo; más adelante, cuando su nariz ganó en prominencia, la frente en altura y el rostro en surcos, bien podía evocar al joven rey Saúl. También su vida, por mucho que se pareciera a la mía, era una talla mayor. Discurría bien un poco más alto o bien un poco más bajo: el amor le sacudió más fuerte que a mí y su adolescencia estuvo rodeada de mayor esplendor, claro que tuvo que pagarlo con períodos marcados por una tristeza profunda, consuntiva y agotadora que yo me ahorré.

Justo entonces estaba inmerso en el último de estos períodos, cuya duración se alargaba peligrosamente, ya casi por espacio de un año. Por cierto que en esta ocasión hubo un detonante externo. Hacía un año que su novia, Hanni, le había sido infiel; ocurrió de manera bastante casual y atolondrada, en realidad no fue nada serio. Sin embargo, a él lo trastornó por completo. Suena en verdad ridículo si se mide por el rasero de los sentimientos amorosos habituales en el siglo xx, pero el caso es que ésta había sido una gran pasión a la antigua usanza, una historia de amor de ésas pasadas de moda y, al menos en ocasiones así lo parece, casi desaparecidas de la faz de la tierra, como las que alumbraron a *Werther* y a *La nueva Eloísa*, *El cancionero* de Heine y los vales de Chopin. Este tipo de sentimientos no soportan una infidelidad cometida a la ligera, y lo que entonces les había sucedido primero a él y luego también a ella, una vez se hubo dado cuenta del daño causado, fue nada menos que un desmoronamiento interno absoluto. Todo prosiguió de una manera bastante deprimente: separación; reconciliación torcida y a medias; intentos con otras mujeres también por su parte, que sólo lograron dejarle más asqueado y confuso; la amistad remendada con Hanni, reducida poco a poco a una caricatura del ayer; en definitiva, un abandono y hundimiento absolutos, un enredo en lo inextricable cada vez más tremendo. Este tipo de historias son conocidas, hay novelas que tratan de ello, sobre la contrapartida de la dicha que provoca ese gran sentimiento. Entonces hacía poco que había aparecido otra chica, de nombre Ellen, una pequeña dama reservada y sensata, estudiante, bastante intelectual y rodeada de una atmósfera no desagradable de orden y tranquilidad propia de la alta burguesía: la encarnación perfecta



de una época culta, de restablecimiento y restauración tras revoluciones mortíferas, disturbios y dolor. Yo la había conocido recientemente —Frank me la había mostrado, por así decirlo— y un poco más adelante me preguntó medio en broma qué me parecería si se comprometiese con ella. Después haría el segundo examen de Estado, se casaría y se convertiría en un burgués de pro. ¿Acaso no era la mujer perfecta para eso? Yo me reí y la idea me pareció un poco precipitada. Frank también se rió y nos fuimos por las ramas.

Así que me dirigí a su casa, situada en las afueras. Frank vivía con su padre, que era médico y por tanto víctima del boicot. Sentí curiosidad por saber qué me iba a encontrar.

La situación era caótica, pero se trataba de un caos más bien inofensivo. Los negocios judíos —había bastantes en las calles situadas al este— estaban abiertos, pero ante las puertas de las tiendas había miembros de las SA apostados con las piernas abiertas. Los escaparates estaban pintarrajeados con obscenidades y casi todos los dueños de los negocios se habían vuelto invisibles. Los curiosos deambulaban por delante de los establecimientos, medio asustados y medio alegres por el mal ajeno. La medida parecía estar llevándose a cabo con torpeza y a trompicones, como si todos estuvieran esperando a que sucediese algo, aunque en ese momento nadie supiera muy bien qué. Aquello no tenía pinta de derivar en un derramamiento público de sangre. Tampoco tuve ninguna dificultad para llegar a casa de los Landau. Al parecer «ellos» no habían comenzado aún a entrar en las viviendas, constaté aliviado pensando en Charlie.

Frank no estaba. En su lugar me recibió su padre, un señor mayor, corpulento y jovial. Habíamos conversado en varias ocasiones en las que yo había estado allí; él había manifestado un generoso interés por mi producción literaria, había alabado las virtudes de Maupassant, a quien veneraba por encima de todo, e insistido con cierta severidad en que probara numerosas bebidas, cosa que, en cierto modo, le permitía analizar los niveles de exigencia de mi paladar. Aquel día me recibió muy ofendido. No estaba turbado ni atemorizado. Estaba ofendido. Eran muchos los judíos que por entonces tenían esa misma sensación y no dudaré un momento en afirmar que, en mi opinión, esto dice mucho en su favor. Entretanto la

mayoría se ha quedado sin fuerzas. Han sido abatidos con demasiada contundencia. Se trata del mismo proceso, pero concentrado en un par de minutos, que sufren quienes, amarrados a un bloque de piedra en un campo de concentración, reciben una paliza que los deja hechos papilla: el primer golpe va directo al orgullo y hace que el alma se encabrite salvajemente; el décimo y el vigésimo ya sólo afectan al cuerpo y no producen más que un gemido. La comunidad judía de Alemania ha padecido este proceso durante seis años de forma colectiva y a gran escala.

Al anciano señor Landau todavía no le habían hecho papilla por entonces. Estaba ofendido, y lo que me asustó un poco fue el mero hecho de que me recibiera como si fuese un enviado de sus agresores.

—¿Y? ¿Qué tiene *usted* que decir? —comenzó, y sin prestarme atención al asegurarme torpemente que, por supuesto, la situación me parecía repugnante, decidió hacerme frente de alguna manera—. ¿Cree de verdad que me habría inventado esas barbaridades y las habría propagado en el extranjero? ¿De verdad lo cree alguno de ustedes? —No sin cierta conmoción vi que se disponía a mantener algo similar a un alegato—. Nosotros, los judíos, tendríamos que ser mucho más tontos de lo que somos en realidad como para ser capaces, precisamente nosotros, de difundir en el extranjero información sobre este tipo de historias. ¡Como si no hubiésemos leído que se ha anulado el secreto postal! Y es que, curiosamente, aún nos permiten leer los periódicos. ¿De verdad hay alguien que se crea ese burdo embuste de que nos hemos inventado historias atroces? Y si no es así, ¿a qué viene todo esto? ¿Puede usted explicármelo?

—Claro que no se lo cree nadie que esté en sus cabales —dije—. Pero ¿qué importa eso? El hecho objetivo es que ustedes han caído en manos del enemigo. Todos estamos en sus manos. Ahora nos tienen atrapados y hacen con nosotros lo que les da la gana.

El señor Landau, furioso, clavó la mirada en el cenicero mientras me escuchaba sólo a medias.

—Es la *mentira* lo que más me enfurece —dijo—, toda esa maldita y asquerosa mentira. Que nos maten si es eso lo que quieren. Yo ya soy lo bastante viejo. Pero que no mientan de una forma tan sucia. ¡Dígame por qué lo hacen! —Era obvio que iba a ser totalmente imposible sacarle de la

cabeza la idea de que yo, de alguna manera, estaba de parte de los nazis y conocía sus secretos.

La señora Landau se unió a nosotros, me saludó con una sonrisa triste e intentó rescatarme.

—¡Qué cosas le preguntas al amigo de Frank! —dijo ella—, él sabe tan poco como nosotros. No es ningún nacionalsocialista — («Nacionalsocialista» fue la fórmula amable y enrevesada que utilizó.) Pero su marido siguió negando con la cabeza, como si quisiera espantar nuestros argumentos.

—Que alguien me diga por qué mienten —insistió—. Por qué siguen mintiendo si ya han tomado el poder y pueden hacer lo que deseen. Quiero saberlo.

—Creo que tendrías que volver a ver al niño —dijo ella—. No hace más que gemir.

—¡Dios mío! —exclamé—, ¿está enfermo su hijo?

Frank tenía un hermano menor. Al parecer hablaban de él.

—Eso creemos —dijo la señora Landau—. Ayer se puso tan nervioso cuando le expulsaron de la universidad que lleva todo el día vomitando y se queja de que le duele el estómago. Tiene pinta de ser apendicitis —dijo tratando de sonreír—, aunque nunca he oído que los nervios produzcan apendicitis.

—Hoy en día ocurren muchas cosas de las que nunca se ha oído hablar antes —dijo el anciano furioso mientras se ponía en pie. Después se dirigió hacia la puerta a paso lento, se volvió una vez más y preguntó:

—Usted es un buen jurista, ¿verdad? Pues dígame una cosa: ¿está cometiendo mi hijo un delito al permitir que yo lo reconozca hoy en lugar de boicotearme?

—Le ruego que no se lo tome a mal —dijo la señora Landau—. Todavía no se ha hecho a la idea. Frank tiene que estar a punto de llegar, entonces almorzaremos. Y dígame, ¿cómo le va? ¿Está su señor padre bien de salud?

Frank llegó, entró en la habitación a paso ligero, parecía muy tranquilo, aquella calma iba acompañada de mucha tensión y cautela, como la tranquilidad con la que un general juega a las cartas o con la que ciertos enfermos mentales desarrollan una idea fija con una coherencia aventajada.

—Me alegro de que hayas venido —dijo—, perdona el retraso. No he podido evitarlo. Después quiero pedirte algunos favores. Me marcho.

—¿Cuándo y a dónde? —pregunté con la misma calma tensa.

—A Zurich —respondió—. Mañana temprano si es posible. Mi padre no está convencido aún, pero me iré. ¿Sabes lo que ocurrió ayer en el tribunal cameral?

—Yo mismo estuve allí —contesté (¡Dios mío, claro, Frank había tenido sesión el día anterior!).

—Ah bueno, entonces ya estás al corriente —dijo él—. No tiene ningún sentido que me quede, así que me voy. Además acabo de comprometerme.

—¿Con Ellen?

—Sí. Ella viene conmigo. Hoy todavía he de hablar con sus padres. Te agradecería mucho que me acompañaras a verlos. Ella también. En realidad hoy has de ayudarme en muchas cosas.

—¿Y Hanni?

—También tendré que hablar con ella esta tarde —dijo; por un momento pareció menos tranquilo y relajado, y un tono extraño se apoderó de su voz.

—Es mucho para un solo día.

—Sí —dijo él—. Tendrás que ayudarme un poco en todo.

—Por supuesto, cuenta conmigo.

Entonces nos llamaron a comer. La señora Landau trató en vano de mantener lo que se supone ha de ser una conversación normal durante un almuerzo. Su marido frustraba este intento una y otra vez con sus arrebatos y nosotros con nuestro silencio.

—¿Y? ¿Ya le ha dicho que quiere marcharse? —preguntó el padre de Frank sin preámbulos—. ¿Usted qué opina?

—Me parece una decisión muy sensata —respondí—. Debe partir mientras sea posible. ¿Qué va a hacer aquí?

—Quedarse —dijo el anciano—. Precisamente quedarse y no permitir que lo echen. Ha aprobado sus exámenes y tiene derecho a ser juez. Ya veremos si se atreven a...

Frank lo interrumpió impaciente:

—Vamos, papá...

—Me temo —respondí— que eso del derecho se ha terminado desde que ayer los consejeros del tribunal cameral desalojaron el edificio en presencia de las SA —En ese momento lo recordé todo y enrojecí—. Me temo que ya no hay ningún puesto que defender. Ahora no somos más que prisioneros y la única opción que nos queda es huir. También yo quiero marcharme.

De hecho lo pretendía. Claro que no a la mañana siguiente...

—¿Usted también? —preguntó el señor Landau—. ¿Y eso por qué? —Era imposible sacarle de la cabeza la idea de que, dada mi condición de «ario», también yo tenía que haberme convertido en un nazi; habría vivido demasiadas experiencias parecidas recientemente como para estar dispuesto a admitir otras posibilidades.

—Porque esto ya no me gusta —contesté. La respuesta sonó algo débil y arrogante, si bien lo único que había pretendido era expresarme de la forma más sencilla posible.

El anciano no contestó y se sumió en el silencio.

—Así que voy a librarme de mis dos hijos en un solo día —dijo al cabo de un rato.

—¡Por Dios, Ernst! —exclamó su mujer.

—Hay que operar al pequeño —dijo él—. Tiene una apendicitis aguda con todas las de la ley. Yo no puedo hacerlo. Hoy no tengo buen pulso. ¿Y quién sabe si otro lo hará? ¿Acaso he de ponerme a telefonear y suplicar: por favor, estimado colega o ex colega, podría usted operar a mi hijo, por lo que más quiera? Lo malo es que es judío.

—Fulanito lo hará —dijo la señora Landau. Mencionó un nombre que he olvidado.

—Debería hacerlo —aventuró su marido. Después se rió y me dijo:

—Cortamos unas cuantas piernas juntos en el hospital de campaña durante dos años. Pero hoy, quién sabe...

—Voy a llamarlo —dijo la señora Landau—. Seguro que lo hará. —Aquel día la madre de Frank se comportó de forma extraordinaria.

Después de comer fuimos a ver al enfermo durante unos minutos. Éste sonreía confuso, como si hubiese hecho alguna trastada, y no dejaba de reprimir ayes y hondos suspiros.

—¿Así que te marchas? —preguntó a su hermano.

—Sí.

—Qué faena, justo hoy yo no puedo —dijo el pequeño—. ¿Pasarás a decirme adiós?

Cuando salimos de la habitación Frank parecía angustiado.

—Es terrible —dije.

—Sí, verdaderamente terrible —asintió él—. No sé qué va a ser del chico. Ni siquiera en su estado es capaz de hacerse a la idea de tener que convivir con la injusticia, ni se imagina hasta dónde puede llegar. ¿Sabes qué me dijo ayer que le gustaría hacer después de lo ocurrido? Le gustaría poder salvarle la vida a Hitler alguna vez para luego decirle: «Muy bien. Soy judío. Y ahora vamos a sentarnos a hablar durante una hora de todo esto»...

Fuimos a su habitación. Había esparcidas varias maletas abiertas y trajes preparados para hacer el equipaje. Eran aproximadamente las dos.

—A las seis he de encontrarme con Ellen en la estación de Wannsee —dijo Frank—, hay que salir de aquí a las cinco. Tenemos mucho que hacer hasta entonces.

—¿El equipaje? —pregunté.

—También —respondió Frank—. Pero eso no es lo principal. Ahí tengo un montón de cosas: cartas, fotos y diarios viejos, poemas, recuerdos, yo qué sé. No quiero dejarlas aquí, no puedo llevármelas y tampoco me gustaría destruirlas. ¿Querrás guardarlas?

—Claro.

—Tenemos que pasarles revista. Está bastante desordenado, algunas cosas son para tirar. ¿Te parece que lo hagamos rápidamente?

Abrió un cajón cerrado con llave. Dentro había un par de grandes montones revueltos de papeles, álbumes y diarios: su vida anterior. Una buena parte pertenecía también a la mía. Frank respiró hondo y sonrió.

—Hemos de procurar avanzar, no tenemos mucho tiempo.

Así pues cogimos los papeles, abrimos cartas viejas, dejamos que las fotos antiguas nos resbalaran entre los dedos, ¡ay, parece mentira lo que se nos vino encima, lo que arremetió contra nosotros! Todo lo que había estado guardado en aquel cajón como en un herbario era nuestra juventud, y

su aroma simplemente se había vuelto más concentrado y embriagador debido a una nota añadida de muerte, pasado y pérdida irreparable. Viejas fotos que nos mostraban en traje de deporte entre los compañeros de entonces, instantáneas de un viaje en barca con las chicas —«¡Dios mío!, ¿te acuerdas?»—, fotos en la playa, nuestros rostros salpicados de pecas; sí, el sol de aquellos remotos días de excursión seguía de verdad presente en las fotos. Imágenes del tenis en una de las épocas más felices; ¿dónde estarían los amigos que aparecían abrazados a nosotros, dónde las chicas que allí todavía saltaban traviesas en pos de las pelotas, detenidas flotando en la eternidad del aire? Frank abrió varios sobres, los manuscritos otrora íntimos y excitantes nos miraban recordando insistentemente su presencia; aquí: mi propia letra, tal y como era hacía unos años...

Todo el mundo sabe en qué consiste hacer una gran limpieza y sumergirse en el pasado, es una tarea de domingos lluviosos de verano, y todo el mundo conoce ese cosquilleo profundo y melancólico que se siente al recordar el pasado, la tentación irresistible de releerlo todo, de revivirlo todo... también resulta familiar ese aturdimiento parecido al que produce el opio, en el que uno va sumiéndose poco a poco, tras ceder y rendirse al recuerdo. Siempre suele perderse un día con ello, la mayoría de las veces también la noche y cuanto más dura el proceso, más tiempo se toma uno para soñar.

Apenas teníamos tres horas, así que nos apresuramos a recorrer los parajes soñados a la velocidad fulgurante a la que transcurre una huida en una película de dibujos animados. También debíamos ser duros y destruir algunas cosas. Sólo lo más valioso tenía cabida en una gran caja, donde acumularía polvo hasta que llegara quién sabe qué lejano momento de ocio y sonrisas —¿cuándo y dónde volveríamos a vivirlo...?—, el resto debía ser condenado a la basura por vía sumaria. ¡Nuestra juventud juzgada por procedimiento de urgencia! ¿Qué era importante, qué contaba? ¿Qué merecía ser conservado? Realizamos nuestro extraño trabajo sumidos en un silencio cada vez mayor. El reloj avanzaba. Teníamos que ser rápidos; rápidos matando... o amortajando.

Nos interrumpieron en dos ocasiones. La primera vino la señora Landau y dijo que la ambulancia estaba abajo. Iban a llevar al hermano de Frank a

una clínica para que lo operasen. Ella y su marido lo acompañarían. En caso de que Frank quisiera despedirse del chico, aquél era el momento.

—Sí —dijo Frank. Era una despedida extraña: un hermano partía hacia el quirófano y el otro hacia el destierro.

—Discúlpame un momento —dijo mi amigo y salió con su madre.

Estuvo fuera cinco minutos.

La otra interrupción se produjo al cabo de aproximadamente una hora. En la casa no había nadie, salvo la criada y nosotros dos. Oímos el timbre, después la criada llamó a la puerta y nos dijo que fuera había dos miembros de las SA.

Eran dos tipos gordos y torpones, vestidos con camisas y pantalones bombachos pardos y botas militares, nada de tiburones de las SA, sino gente corriente, como esos repartidores de cajas de cerveza que, una vez recibida la propina, se llevan dos dedos a la gorra gruñendo un rudo «gracias». Era evidente que aún no estaban del todo acostumbrados a su nuevo cometido y ocultaban su inseguridad tras una cierta rigidez salvaje.

—*Heil Hitler* —saludaron a coro y a voz en grito.

Pausa. Después el que parecía ser el jefe preguntó:

—¿Es usted el doctor Landau?

—No —respondió Frank—. Soy su hijo.

—¿Y usted?

—Soy amigo del señor Landau —respondí.

—¿Y dónde está su padre?

—En la clínica, con mi hermano —contestó Frank. Hablaba con moderación, midiendo las palabras.

—¿Y qué hace allí?

—Tienen que operar a mi hermano.

—Ah, bueno, entonces vale —dijo el de las SA tranquilo y satisfecho—. Muéstre-nnos la consulta.

—Por aquí, por favor —dijo Frank y abrió la puerta. Ambos entraron alborotando en la consulta vacía, blanca y ordenada, y dirigieron una mirada severa y tasadora hacia el instrumental, numeroso y reluciente.

—¿Ha venido alguien hoy? —preguntó el que llevaba la voz cantante.

—No —respondió Frank.



—Ah, bueno, entonces vale —volvió a decir el portavoz. Ésa parecía ser su muletilla—. Muéstrénnos el resto de habitaciones.

El tipo recorrió el piso junto con su compañero, haciendo mucho ruido y lanzando miradas desdeñosas y escrutadoras a diestro y siniestro; daban la ligera impresión de ser agentes judiciales en busca de objetos que poder embargar.

—¿Así que no hay nadie aparte de ustedes? —preguntó finalmente y, una vez Frank hubo dado una negativa, dijo por tercera vez:

—Ah, bueno, entonces vale.

Regresamos de nuevo a la entrada y los dos vacilaron levemente, como si tuvieran la sensación de que debían hacer algo en ese momento, pero no supiesen muy bien qué. Después, rompiendo aquel silencio generalizado volvieron a gritar de repente a coro y con voz estentórea: «*Heil Hitler!*» y salieron armando jaleo escaleras abajo. Cerramos la puerta tras ellos y regresamos a lo nuestro en silencio.

No teníamos mucho tiempo, así que terminamos procediendo de una manera cada vez más sumaria. Paquetes enteros de cartas acabaron en la papelería sin ser revisados. Puede que de repente también nosotros percibiéramos con mayor nitidez que en la hora anterior hasta qué punto nuestra juventud había sido totalmente destruida y anulada de por sí, ¡sin importar los restos que se pudiesen eliminar!

Las cinco. Cerramos la caja atándola con un cordel y echamos un último vistazo general al objeto de nuestro afán destructor.

—El resto tendré que guardarlo esta noche —dijo Frank. Todavía debía llamar a la clínica y yo a Charlie. Después dijo a la criada que se marchaba.

—¿Y tus padres saben ya lo del compromiso?

—No. Sería demasiado de golpe. No queda más remedio, ha de ser así.

En el quiosco estaba expuesto el *Angriff*, recién publicado, que traía un reconfortante titular: «Aviso de tormenta».

Tomamos el tren de cercanías y nos dirigimos desde el este hacia el centro de Berlín para después atravesar toda la ciudad y volver a abandonarla por el oeste. Fue en el tren donde tuvimos la primera ocasión de hablar con calma, pero no fue una conversación racional. Había demasiado trasiego de viajeros y gente sentada a nuestro alrededor, de

quienes ya era imposible saber si eran enemigos o no. Además siempre quedaba alguna cosa pendiente de aclarar, así que teníamos que interrumpirnos a nosotros mismos: acuerdos, pedidos y encargos pendientes. ¿Sus planes? Aún no los tenía nada claros. En principio quería obtener un título suizo de doctor, estudiar y vivir con 200 marcos al mes (¡por entonces aún se podían mandar 200 marcos mensuales al extranjero!). Además tenía un tío en Suiza que se dedicaba a no sé qué. Tal vez él pudiera prestarle alguna ayuda...

—Por lo pronto sólo quiero marcharme. Me temo que después de todo esto no tardarán mucho en impedir que salgamos.

En efecto, aquel día ya estaban mezclados todos los ingredientes de un brebaje que, no obstante, permanecería congelado hasta ser apurado de un trago cinco años más tarde. Ellen nos esperaba en la estación de Wannsee y, sin decir una palabra, nos mostró una hoja de periódico. Contenía una nota que decía: «Aprobado el visado de salida». Creo que la justificación de esta medida volvía a ser el intento de evitar la difusión de historias atroces en el extranjero. La cosa estaba clara.

—Esto tiene toda la pinta de que ya hemos caído en la trampa —dijo Frank. Y de pronto Ellen, una pequeña dama bien educada y contenida, apretó los puños en silencio y los dirigió con violencia hacia el cielo, un gesto que en realidad sólo se ve sobre el escenario o en los cuadros expuestos en un museo. Resulta inusual en una joven dama bien vestida, parada en una estación a las afueras de Berlín.

—Tal vez no entre en vigor inmediatamente —dije.

—Sea como fuere, eso no importa —anunció Frank—, ahora sí que debemos darnos prisa. Puede que todavía tengamos suerte. Y si no, ¡qué le vamos a hacer!

Bajamos en silencio por un par de calles rodeadas de villas y jardines a ambos lados, no se oía ningún ruido ni se veía nada que delatara lo sucedido aquel día, no había escaparates pintarrajeados siquiera. Ellen iba cogida del brazo de Frank y yo llevaba la caja que contenía su legado. Estaba oscureciendo y comenzó a caer una lluvia fina y templada. Noté un suave aturdimiento en la cabeza. Todo parecía más calmado gracias a una profunda sensación de irrealidad. Claro que aquello también resultaba algo

amenazante. Nos habíamos adentrado en lo imposible demasiado rápido y con demasiada intensidad como para que hubiese algún límite. Si al día siguiente todos los judíos eran detenidos o se veían obligados a suicidarse como castigo por algo, ya no resultaría sorprendente. Cuando les comunicaran que todos se habían quitado la vida según lo estipulado, los de las SA dirían tranquilos y satisfechos «Ah, bueno, entonces vale». Las calles tendrían el mismo aspecto de siempre. «Ah, bueno, entonces vale» y *business as usual*. Las villas estarían donde siempre, con sus agradables jardines. La brisa primaveral y una lluvia fina y templada...

Me sobresalté. Habíamos llegado; de pronto sentí reparo al darme cuenta de que era un completo extraño y de que, en realidad, no tenía motivo alguno para estar allí. Pero no había razón para preocuparse. La casa estaba tan llena de gente que ni siquiera llamé especialmente la atención. Desde fuera el ambiente parecía tranquilo y distinguido, intacto y silencioso, pero dentro se asemejaba a un campo de refugiados que trataba en vano de disfrazarse de reunión para tomar el té. Los grandes y hermosos recibidores acogían a cerca de veinte personas sentadas o de pie: eran los invitados, evidentemente, jóvenes amigos de la familia que entraban y salían y que ese día se habían congregado para recibir ayuda y consuelo allí donde normalmente los agasajaban con té y música... Claro que cada uno se encontró solamente con el nerviosismo y las preocupaciones del resto, y entre toda aquella amabilidad y modales exquisitos reinaba un pánico mudo indescriptible. Se pasaban bandejas de té, se servía azúcar en las tazas, se decía «por favor» y «gracias» y el volumen de la conversación no era más alto de lo que suele ser habitual en las charlas entre susurros, propias de los salones de té, pero aquel murmullo era tal que nadie se habría sorprendido si de repente alguien hubiese roto en un grito.

Yo conocía ligeramente a uno de los invitados, era otro pasante que había venido para pedirle una traducción a Ellen; había redactado el borrador de una carta para un abogado de Bruselas con quien trabajó en una ocasión.

—Aquí está —dijo, y tras rebuscar en el bolsillo de la chaqueta sacó un papel. Puede que en ese momento su vida dependiera de aquella hoja.

—Está bien, démelo —dijo Ellen y empezó a garabatear con lápiz entre las líneas, pero después alguien la llamó, otra persona reclamaba su atención, luego regresó y siguió garabateando, pero después su madre se la llevó a otro sitio, cuando volvió estaba prácticamente a punto de perder los nervios y hablaba consigo misma:

—Pasante... ¿Cómo se dice pasante en francés? —de repente estalló:

—No se lo tome a mal, pero soy incapaz... hoy no, ahora no.

—Deje, no se preocupe —dijo educadamente aquel infeliz y su rostro se descompuso.

El padre de Ellen, un señor orondo y amable, mostraba una sonrisa de anfitrión con la que trataba en vano de contrarrestar aquel ambiente lúgubre. En una esquina, la madre de Ellen comentaba con Frank y algunos afectados más la noticia relativa al visado de salida.

—¡Si al menos supiéramos cuándo entrará en vigor! —dijo uno.

—¿Es que ahí no pone nada? —preguntó otro.

—No, nada, de eso se trata, ¡mire! —la madre de Ellen volvió a sacar de algún sitio la hoja de periódico, que parecía ya bastante gastada.

—Habría que llamar a la Jefatura Superior de Policía —propuse.

—Siempre y cuando eso no nos lleve directos a la boca del lobo —objetó alguien.

—Se puede utilizar un nombre falso —dije—. Es más, si lo desean, yo estoy dispuesto a hacerlo gustosamente.

—¿Ah, sí? ¿De veras quiere hacerlo? —exclamó la madre de Ellen y la sensación de alivio generalizado fue equivalente a qué sé yo qué ofrecimiento—. Bueno, bueno, pero no desde nuestro teléfono —suplicó. Poco a poco noté que su capa de compostura se había vuelto muy fina y que, a pesar de la sonrisa que continuaba exhibiendo a su alrededor, estaba a punto de ponerse a gritar—. Ya que nos quiere hacer el favor, justo aquí abajo, a la vuelta de la esquina hay una cabina. Espere, ¿tiene una moneda...?

Entretanto el padre de Ellen se acercó y apartó a Frank del grupo.

—Ellen ya me ha dicho que quiere usted hablar conmigo... así que dejémonos de grandes formalidades...

Ambos desaparecieron y yo salí a buscar la cabina.

Una vez al teléfono utilicé un nombre falso, el ánimo general había logrado contagiarme hasta ese punto. Tuve que esperar un buen rato y cuando estuve al habla con la Jefatura Superior de Policía me pasaron de un aparato a otro. Finalmente di con alguien capaz de informarme. La disposición no entraría en vigor hasta el martes.

—Muchas gracias —dije y colgué lleno de satisfacción.

Cuando regresé la habitación de la que había salido estaba casi vacía. Dentro sólo permanecía sentado un señor muy mayor —puede que ya estuviese allí desde antes, en silencio y sin llamar la atención—, un abuelo tal vez; se parecía a uno de esos judíos viejos que pintaba Rembrandt, tenía una barbita fina y puntiaguda y una arruga tras otra poblaba su rostro; estaba sentado en una butaca, fumando tranquilamente en pipa, casi era posible ver sus pensamientos. Los demás debían de haberse trasladado a algún otro lugar de aquella casa tan amplia. Quise preguntar por ellos, pero el viejo se me adelantó dirigiéndome la palabra y mirándome de frente con un par de ojillos claros y profundos.

—¿Usted no es judío, verdad? —preguntó.

Una vez le hube explicado que sólo había venido acompañando a un amigo judío, me espetó con autoridad:

—¡Eso está bien, que apoye a su amigo!

Reaccioné con timidez y balbucí algo, pero cuando él prosiguió quedé totalmente desconcertado:

—Además, es una actitud muy inteligente por su parte, ¿sabe?

El viejo parecía disfrutar de mi apocamiento, chupaba la pipa con dificultad y con una voz vieja y oxidada, pero potente, anunció:

—Los judíos van superar todo esto. ¿No se lo cree? Hombre, no, no tenga ningún miedo, lo superarán. Ya ha habido otros que vinieron y quisieron exterminarlos, pero ellos lo han resistido todo y también lo harán esta vez. Y después lo recordarán. ¿Conoce usted a Nabucodonosor?

—¿El personaje bíblico? —pregunté incrédulo.

—El mismo —dijo el abuelo mirándome con unos ojillos claros en los que destellaba una chispa burlona—. También él quiso exterminar a los judíos, y fue un hombre mucho más poderoso que ese Hitler suyo, con un imperio mucho más grande que el Reich. Por aquel entonces los judíos eran

más jóvenes, más jóvenes y más débiles, habían pasado por menos. Y él sí que fue un gran hombre, el rey Nabucodonosor, un hombre astuto y cruel —hablaba despacio, como si estuviese predicando, disfrutaba escuchándose a sí mismo y entre palabra y palabra daba caladas largas e intensas a la pipa. Yo lo escuchaba educadamente.

—Y sin embargo, el rey Nabucodonosor no lo logró —prosiguió—. Ni con toda su grandeza ni con toda su astucia ni con toda su crueldad. Ha caído en el olvido hasta tal punto que usted sonríe cuando lo nombro. Sólo los judíos siguen recordándole. Y ellos continúan ahí, vivos; vivitos y coleando. Ahora resulta que viene el señor Hitler y quiere volver a exterminarlos. Pues bien: tampoco él va a lograrlo, ese tal señor Hitler. ¿No me cree?

—Espero que tenga usted razón —dije humildemente.

—Voy a revelar algo —dijo—: un pequeño truco, un truco divino, por así decirlo. Todos los hombres que persiguen a los judíos caen en desgracia. ¿Que por qué es así? ¿Que si yo lo sé? No, no lo sé, pero es así.

Mientras yo aún buscaba en mi cabeza ejemplos y contraejemplos históricos, el anciano continuó:

—Fíjese en el rey Nabucodonosor. Durante su reinado fue un gran hombre, un rey de reyes, un hombre magno, excelso. Sin embargo, en su vejez enloqueció; recorría los prados a cuatro patas como una vaca y pacía hierba con los dientes, como una vaca —él mismo se interrumpió para echar el humo en pequeñas bocanadas, después una leve sonrisa se adueñó de su rostro, una sonrisa que delataba el más íntimo regocijo y llenaba sus ojos de agradables chiribitas, como si un pensamiento divertido a la par que reconfortante lo recorriese por dentro como una ola de calor—. Puede que un día también ese *Herr* Hitler recorra los prados a cuatro patas y coma hierba como las vacas. Usted es joven, tal vez lo vea aún. Yo ya no. —Y de repente, sin poder evitarlo, se echó a reír de verdad ante su ocurrencia; una carcajada fina y silenciosa lo sacudía una y otra vez con tanta fuerza que se atragantó con el humo de la pipa y tuvo que toser.

Justo en ese momento la señora de la casa asomó la cabeza por la puerta:

—¿Y...? —preguntó expectante. Le di la buena noticia y obtuve su agradecimiento, un tanto exaltado—. Ahora venga usted también a tomarse una copa de vino y brindar rápidamente a la salud de la joven pareja —dijo alejándome de allí—. Está al tanto de todo, ¿no es así?

Antes de salir hice una pequeña reverencia al viejo y él me despidió, aún regocijado, asintiendo muy digno. En efecto, en la otra estancia se concentraban desordenadamente todas las víctimas, haciendo de invitados involuntarios a la fiesta de compromiso y bebiendo vino de las copas que sostenían cariacontecidos. Frank y Ellen ocupaban algún lugar entre todos ellos y recibían apretones de manos. No parecían felices ni infelices. Era un compromiso extraño. La noticia de que aún tenían dos días para huir libremente del país fue como un regalo. Nada más escucharlo, algunos, como es lógico, se inquietaron y comenzaron a hablar de su marcha.

Media hora más tarde también yo volvía a estar sentado con Frank en el tren de cercanías. Ya había anochecido y no paraba de llover. El compartimento estaba vacío. Entonces —en realidad era la primera vez en todo el día— por fin tuvimos la sensación de que ése habría sido el momento adecuado para hablar con tranquilidad. Pero permanecemos en silencio.

Frank dijo de pronto:

—¿Y qué opinas tú de todo esto? Todavía no has dicho nada. ¿Ha sido lo correcto?

—No lo sé —respondí—. En cualquier caso lo correcto es que te marches mañana. Me gustaría poder acompañarte.

—Tenía que dejarlo todo resuelto —dijo él, como si le hubiera hecho un reproche—, ¿comprendes? No podía marcharme dejando tras de mí un montón de flecos sueltos, cosas a medias y por resolver. Ahora estoy comprometido con Ellen, ella se viene conmigo, la historia con Hanni se ha terminado y todo resuelto.

Asentí.

—¿Y? ¿Estás contento? —pregunté.

—No lo sé —respondió él. Al cabo de un rato se rió y dijo:

—A lo mejor todo esto es una solemne tontería. No lo sé. Ha ocurrido demasiado rápido.

—¿Vas a ver a Hanni?

—Sí.

Y de repente, poniéndome la mano sobre el hombro con mucho cariño dijo:

—¿Querrás hacerme un gran favor? Llama a Hanni alguna vez durante los próximos días y consuélala un poco si puedes. Y —continuó de súbito, más cariñoso y apasionado de lo que se había mostrado en todo el día— si es posible ayúdala un poco con el asunto del pasaporte. No tiene ninguno. Su situación es terriblemente caótica, tampoco puede decirse que tenga nacionalidad. Nació en un lugar que pertenecía a Hungría y hoy le corresponde a Checoslovaquia, su padre murió en 1920, pero nadie sabe si optó por una nacionalidad ni por cuál, y ahora ni Hungría ni Checoslovaquia quieren darle un pasaporte. El asunto es una auténtica chapuza.

—Claro —respondí—, veré lo que puedo hacer. Consolarla será tarea difícil.

—Sí —dijo él y sonrió apesadumbrado—, claro que será difícil.

Permanecemos en silencio mientras el tren nos guiaba a través de la lluvia y la noche. Frank dijo de pronto:

—Puede que absolutamente todo hubiese sido de otra forma si Hanni tuviera un pasaporte.

Se acercaba la estación del zoo, donde nos bajamos. Era la primera vez que las calles tenían un ligero aspecto revolucionario, lógicamente sólo en sentido negativo: la zona de ocio luminosa y chispeante cercana al zoo estaba muerta y desierta, como jamás la había visto.

Nos paramos delante de una cabina. Frank iba ya con prisa, había pasado la hora a la que quería llamar a Hanni.

—Ahora me queda Hanni —dijo pensativo—, luego mi padre y después el equipaje... En cualquier caso muchas gracias por toda tu ayuda.

—Buen viaje —le deseé—, que pases una buena noche. Mañana todo habrá acabado y estarás lejos. —En ese momento fui por primera vez plenamente consciente de que aquello era una despedida.

Tal vez sí que hubiéramos tenido mucho más que decirnos. Pero era demasiado tarde. La cabina quedó libre, los dos nos dimos la mano y nos



dijimos adiós.